
DETRAS
del UNIVERSO
KAREL STERLING
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


KAREL STERLING
DETRAS DEL UNIVERSO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES PRINCIPALES

Guy Sourza.—Joven piloto de pruebas norteamericano.

Nyra.—Reina de Neyers, planeta correspondiente al sistema «Cinturón N-32.»

Tharsis.—Despótico y cruel Dictador del planeta Thais.

Patricia Nixon.—Prometida de Guy Sourza.

PRINTED IN SPAIN

Depósito Legal. V. -1.023 – 1958.

EDITORIAL VALENCIANA.-VALENCIA



PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Al dirigirse al Stratotanker KC-113, Guy Sourza disimuló el cigarrillo en el hueco de su mano. Nunca estuvo tan nervioso como en aquel momento, cuando apenas faltaba un minuto para lanzarse al espacio en el más rápido del mundo. Antes de llegar al grupo de gente que rodeaba al estilizado aparato, dio una chupada al cigarrillo y lo dejó caer en la pista de asfalto.

Un hombre de cabello cano y amplia faz- se despegó del grupo.

—Creí que después de cinco años de servicio sabía usted el reglamento—reconvino a Guy Sourza—. Un piloto de pruebas no debe fumar jamás.

El joven aviador sonrió excusándose.

—Es el primer cigarrillo que fumo en cinco años—contestó—. La tentación ha sido superior a mis fuerzas: perdóneme, doctor.

La sirena del centro de pruebas de Edwards dejó oír un prolongado gemido. El grupo de mecánicos y especialistas se retiró prestamente del Stratotanker dejando el espacio libre para que el piloto pudiera subir a la carlinga.

El fuselaje del avión tenía la forma de un proyectil de veintidós metros de largo, y parecía inclinarse hacia delante, impresión creada por el hecho de que sus alas estaban plegadas hacia atrás en un ángulo de treinta y cinco grados. Cada ala medía de punta a su origen cerca de veinte metros. Debajo de cada una colgaban dos cápsulas de forma aerodinámica y con enormes bocas. En cada una de ellas iba un turborreactor Whitney JT-57, capaz de desarrollar un empuje de 4.500 kilos.

El experimento que iba a tener lugar consistía nada menos que en tratar de romper la barrera térmica, para lo cual el Stratotanker debería alcanzar una velocidad superior a los 3 200 kilómetros por hora.

Todas las operaciones se habían llevado a cabo dentro del más riguroso secreto, hasta el punto de que el Gobierno norteamericano había dictado un decreto especial castigando con pena de muerte a la persona o personas que mencionaran siquiera el nombre del proyecto.

El lugar escogido para el experimento fue la base de Edwards, en el borde septentrional del imponente Desierto de Mojave, a unos ciento cincuenta kilómetros de Los Angeles. A lo largo del horizonte, de noroeste a sudeste, se extendía una larga curva montañosa de verdadero aspecto lunar: el Tehachapi, el San Gabriel, el San Bernardino y una cadena sin fin de elevaciones, todas de muy parecida simetría. Lo remoto de aquella región era una de las razones que prevaleció para la instalación de la base. Otro de los factores importantes era que el despejado cielo del desierto se prestaba para volar durante la mayor parte de los días del año. Pero la razón primordial era que dentro de esa base de 120.000 hectáreas se hallaba un singular paraje llamado el Lago Seco de Rogers.

Este lago, de diecinueve kilómetros de longitud, era el campo de aterrizaje natural mejor y más grande del mundo. El lecho del lago, duro y liso como si fuera de piedra, tenía la enorme ventaja de hallarse completamente expedito para salvar la vida a los pilotos en trance de dificultades. Una pista libre de ciento setenta kilómetros cuadrados era más que suficiente para permitir el aterrizaje en cualquier condición al avión más rápido.

Como todo piloto de pruebas moderno, Guy Sourza era un aviador

supremo y a la vez un ingeniero competente. Pese a contar veintiocho años de edad fue escogido entre una lista de más de doscientos candidatos. Su historial, antes de efectuar el curso especial de seis meses, comprendía 2.000 horas de vuelo, amplios conocimientos de álgebra, geometría plana, cálculo diferencial, mecánica de aviación y aerodinámica. Además ostentaba orgulloso una interminable serie de éxitos en su carrera. Pese a ello, gozaba la fama de ser un hombre juicioso y prudente, virtudes raras en un piloto de pruebas, lo que, sin duda, movió a sus superiores a elegirle.

Tras instalarse en la carlinga. Guy hizo un saludo con la mano derecha. Inmediatamente se elevó un horrísono estruendo de motores.

Con una rápida ojeada, Guy revisó el funcionamiento de los doscientos instrumentos destinados a registrar y transmitir lo referente al vuelo.

Un hombrecillo desmelenado que vestía buzo azul salió de alguna parte y echó a correr en dirección al aparato. Guy sonrió al verlo. Era Jo Sanford, uno de los técnicos de la Bell Aircraft, constructora del avión.

Sanford metió la cabeza, por una abertura lateral del fuselaje y observó el funcionamiento de los motores. Llevaba los oídos taponados y recubiertos por una materia plástica. Sin embargo, la precaución era insuficiente para preservarle de aquel ruido equivalente a 150 decibelios y superior a la capacidad auditiva del hombre.

Durante unos segundos, Sanford buscó encapes en las tuberías. Después del examen se alejó tambaleándose.

Al cabo de unos instantes, el Stratotanker KC-113 echó a rodar sobre la pista. Seis minutos después se hallaba a nueve mil metros de altura.

Encerrado en la atestada cabina, Guy Sourza envió el primer mensaje a la base.

—Vuelo perfecto—fue su concisa información.

Sus nervios se habían aquietado considerablemente. El avión respondía magníficamente y esto era una buena señal para comenzar el experimento. Siempre que probaba algún aparato nuevo sentía las mismas sensaciones de ansiedad y temor. Tenía una fe ilimitada en sí mismo, pero un primer vuelo era la cosa más arriesgada que un hombre podía hacer. Por mucho que se haya trabajado en el tablero de dibujo y en el túnel aerodinámico, y por muy seguro que el ingeniero esté de que el artefacto va a volar, era únicamente al piloto a quien le tocaba comprobarlo. El no ignoraba que la mayoría de los vuelos de prueba terminaban felizmente, pero las estadísticas no mentían al señalar que tres o cuatro veces al año la experiencia tenía

un desenlace dramático.

Las manecillas del velocímetro señalaban ahora seiscientas millas por hora. El morro del avión apuntaba casi verticalmente al cielo. Allá abajo, la planicie desértica se iba achicando por instantes, difuminándose con las elevaciones que la rodeaban.

La voz del capitán Konnolly llegó a Guy a través de los auriculares.

—Primera fase. Comience ya.

Guy imprimió mayor velocidad al aparato. Percibió la leve vibración al franquear la barrera del sonido. Luego, una estabilidad perfecta.

—Sin novedad—comunicó al escucha de la base—. Vuelo a una velocidad aproximada de mil quinientas millas por hora,

—Segunda fase. Regrese.

Guy hizo ademán de empujar hacia adelante la barra del timón, pero súbitamente tuvo una inspiración. El aparato respondía sin el menor esfuerzo a la aceleración imprimida en dirección ascendente. ¿Por qué no forzar al máximo la potencia de los dos motores? ¿Y si lograse rebasar la barrera térmica subiendo verticalmente?

Teóricamente aquello era una tontería... y una invitación al suicidio. No debía, y no podía intentarlo. Desobedeciendo las órdenes no conseguiría sino morir, o en el mejor de los casos una descalificación perpetúa.

Mientras tanto, la aguja del velocímetro seguía girando a la derecha. Se aproximaba ya a las mil setecientas millas por hora. Un poco más y lo habría logrado.

Oyó la estridente voz de Konnolly.

—¡Regrese inmediatamente! ¿No me oye, Sourza? ¡Le he dicho que regrese!

Guy Sourza esbozó una leve sonrisa. Por primera vez en su vida sentía deseos de hacer algo prohibido. ¡Era tan poco lo que le faltaba! ¿Y si todo saliera bien?

Por mera curiosidad consultó el altímetro. Un respingo involuntario se escapó de sus labios al comprobar que se hallaba a cerca de 50.000 metros de altura. ¡El «techo» mayor que el hombre había podido conseguir!

Asombrado, se dio cuenta de que ninguna alteración se había operado en su organismo ni en el funcionamiento del aparato. Al mirar a su izquierda pudo ver el extraordinario paisaje que había dejado atrás. Volaba ahora sobre Nueva Jersey. Una leve manchita amarilla era cuanto se distinguía de Long Island. Pero lo más fantástico era que el horizonte terrestre aparecía cortado en una gran curvatura que contrastaba con la negrura imponente del cielo.

¡También era la primera vez que el hombre distinguía con sus propios ojos la curvatura del globo terráqueo!

Un hormigueo en los oídos interrumpió a Guy en su contemplación. Era la voz de Konnolly cada vez más excitado.

—¿Qué le ocurre, Sourza? ¡Conteste pronto! ¡Comunique qué es lo que le pasa! ¿Me oye?

—Le oigo muy bien, capitán—replicó Guy serenamente—. No me ocurre nada… todavía.

Hubo un instante de silencio. Sourza volvió a sonreír imaginando el desconcierto que reinaría en la base.

—¡Óigame, Sourza!—clamó nuevamente Konnolly—. ¿Es que se ha vuelto loco? ¿A qué altura está volando?

Guy consultó los instrumentos.

—En este momento a 58.000 metros y a una velocidad de mil setecientas cincuenta millas por hora—contestó—. Aún no he variado la dirección del aparato. Sigo subiendo.

Otro silencio significativo.

La pausa fue rota por una voz distinta a la de Konnolly. Guy reconoció en la persona que hablaba al mayor Liu J. Fulton, jefe supremo de la base.

—Le ordeno que vuelva, Sourza—dijo el mayor con acanto autoritario—. Es una orden ¿ha comprendido? No intente de ningún modo romper la barrera térmica. Ponga rumbo a la base y aterrice normalmente.

—Comprendido, mayor Fulton. Regresaré ahora mismo.

Pero en Guy Sourza latía una fuerza misteriosa que le impelía a desobedecer, a seguir su propio impulso, a saciar su inexplicable ansia do subir y subir. Era como si lo llamaran desde los brillantes astros que parecían flotar en derredor suyo.

Aceleró al máximo la potencia de los motores. La aguja del velocímetro marcó mil ochocientas millas por hora. Una fuerte trepidación se transmitió a todo el aparato.

¡Había franqueado la barrera térmica!

Sourza sintió resbalar por su frente las gotas de sudor. Instintivamente fue a limpiarse con la bocamanga pero tropezó con la máscara de oxígeno.

Trató de analizar sus propias emociones. Lo que estaba sucediendo tenía visos de cosa sobrenatural. El Stratotanker había sido diseñado con arreglo a unas características especiales y se esperaba de él un rendimiento superior al de los aviones más rápidos del mundo. Pero, sin duda, los cálculos de los proyectistas quedaron muy por debajo de lo que realmente iba a dar de sí el artefacto. Ningún ingeniero habría

soñado que los términos del experimento podían ser invertidos y lograr el éxito. El Stratotanker debería haber roto la barrera térmica en vuelo picado. Y por un capricho de su piloto había ocurrido lo contrario.

De pronto pensó en el combustible. Le invadió un escalofrío de pánico al comprobar que le quedaba la mitad del que necesitaba para mantener los motores en marcha durante el retorno. Se quedó sin saber qué hacer, sumido en la más terrible de las confusiones.

Entretanto, el Stratotanker seguía ascendiendo más y más. Las estrellas habían aumentado su tamaño hasta convertirse en globos incandescentes del tamaño de limones. Contrastando con el fulgor de las mismas, el cielo se ofrecía ante la vista del piloto pavorosamente negro.

—Atención, base—dijo Guy después de adoptar su resolución—. No tengo combustible para regresar. No se preocupen por mí. He conseguido rebasar la barrera térmica a una altura de 65.000 metros con velocidad de mil ochocientas millas por hora. Todo ha respondido bien. Los indicadores de la cabina climática no han registrado alteración alguna. Por lo que a mí respecta me encuentro perfectamente bien. Los electrocardiogramas se mantienen dentro de la constante normal. ¿Interesa algún dato más?

—¿A qué altura vuela ahora?—inquirió la voz del mayor Fulton.

—A 76.000 metros. Increíble ¿verdad?

—Preste atención a lo que le voy a decir.

Siga subiendo hasta que se le acabe el combustible, comunique los últimos datos y, después, arrójese en paracaídas. ¿Comprendido?

Un gesto de perplejidad se reflejó en el varonil rostro del piloto.

—No podré resistir un salto en este vacío absoluto—contestó.

—Va a morir usted de todas formas. Si logramos recoger su cuerpo, la ciencia médica quizá obtenga algún dato interesante. ¿De acuerdo, Sourza?

La brutal aseveración del mayor Fulton causó en el piloto el efecto de un raspado en sus nervios. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que se hallaba encerrado en un ataúd volante. Recordó a Patricia, su prometida, e imaginó lo que estaría sufriendo en aquellos dramáticos instantes. La locura que acababa de cometer ya no tenía remedio.

—De acuerdo, señor—replicó al cabo de un momento. Su voz tenía un matiz angustioso—. ¿Puedo... puedo esperar que me perdonen? No sé lo que me ha ocurrido... Seguramente hay algún escape de oxígeno y se me ha subido a la cabeza. Créanme que lo siento...

—No se atormente con ese pensamiento —contestó Fulton—. Sin

proponérselo usted ha conseguido algo muy importante. Su nombre pasará a ocupar el primer plano de la actualidad mundial. Habrá una recompensa para usted.

Una recompensa «post mortem», pensó Guy Sourza con amarga ironía. Las ideas comenzaban a embarullarse en su cerebro. Si era efecto del pánico o de la altura era cosa que ignoraba.

—90.000 metros—informó a la base—. Me queda combustible para minuto y medio. Velocidad: dos mil millas por hora.

—Acelere al máximo para contrarrestar la acción de la gravedad—ordenó el mayor Fulton—. Un último esfuerzo, Sourza.

El piloto obedeció. Se santiguó mentalmente al accionar los mandos. El fin estaba próximo; cuestión de segundos, tal vez.

La aguja del velocímetro señaló inesperadamente, de un salto, la cifra de cuatro mil millas por hora. ¡El tope del instrumento!

Comunicó el dato a la base y siguió con mirada fascinada el oscilar inexplicable de los instrumentos registradores. El Stratotanker volaba ahora a una altura de 105.000 metros.

Guy quiso enderezar el aparato para ver por última vez el paisaje terrestre. Los mandos no le obedecieron: ¡Estaban completamente agarrotados!

Una dulce lasitud se apoderó de él. El temor y la angustia desaparecieron. De momento experimentó la sensación de que las estrellas daban un salto hacia él. Una de ellas brilló ante sus ojos deslumbrándole. Luego sólo vio una negrura infinita.

—109.000 metros de altura…—murmuró dificultosamente—. Velocidad: cuatro mil millas… Creo que esto se ha acabado… Adiós…, adiós a todos…

CAPITULO II

Guy Sourza abrió los ojos. El choque con la realidad fue tan brutal que estuvo a punto de desmayarse otra vez. No supo si estaba despierto, soñando... o muerto. Sus cinco sentidos comenzaron a percibir extraordinarias sensaciones al mismo tiempo. Para poder formarse una idea de su situación dedicó especial atención a lo que la vista le ofrecía, desentendiéndose de todo lo demás.

Sentado en su cabina del Stratotanker, parecía flotar en un cielo de color de rosa, sin variaciones de nubes ni estrellas brillantes. Todo lo más que alcanzaba a ver, a través del plástico transparente, era un diminuto cinturón de objetos circulares que giraba sobre un eje imaginario a una distancia imposible de calcular. La rueda de esferas era la única referencia que podía obtener de que «algo existía en torno de él».

Le sacó de su contemplación una especie de ahogo que le impedía respirar con normalidad. Instintivamente, apartándose de cuanto era lógico hacer, se quitó la mascarilla quedando su rostro completamente libre. Las dificultades respiratorias no cesaron. Miró el computador de presiones climáticas. No se asombró demasiado al comprobar que el oxígeno estaba a punto de agotarse. Ello debió ser seguramente la causa de que despertara de su letargo, pensó alarmado. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido entonces? El Stratotanker iba provisto de un depósito de oxígeno a presión calculado para una duración de doscientas horas como mínimo.

Llevóse el reloj de pulsera al oído y no oyó el tic-tac característico. Estaba parado.

Su mente y su estómago se asociaron inmediatamente. Tenía hambre; un hambre como jamás experimentó. Se miró en uno de los espejos del cuadro de instrumentos. Un grito de estupor brotó de su garganta al ver su rostro enflaquecido y semicubierto por una barba de más de una semana.

Un tropel de ideas contradictorias asaeteó su cerebro como una lluvia de flechas incandescentes. ¿Qué es lo que había ocurrido? ¿Qué lugar del Universo era aquel en que se encontraba? ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que despegara de la base de Edwards? ¿Cómo no había muerto entretanto?

La dificultad respiratoria le hizo toser jadeante. Bien, se dijo: si no había muerto todavía iba a morir en seguida. ¡Lástima que hubiera despertado!

Encogiéndose de hombros, entregado ya a su fatal destino, pensó que ya todo le era igual. Aquel fascinante horizonte rosado le tentó. Si habían sucedido cosas imposibles ¿por qué no dejar que el destino siguiera su caprichoso curso?

Sin pensarlo más, tiró de las manecillas que tenía a su derecha y aguardó expectante.

Un chorro de aire fresco y perfumado penetró en la cabina. Guy Sourza respiró con avaricia incontenible. Sus pulmones se ensancharon y su sangre pareció circular con mayor ímpetu. Le invadió una sensación maravillosa, un bienestar embriagador.

Se desligó de las ataduras que lo sujetaban al asiento y se puso en pie. Tuvo que agarrarse inmediatamente a un asidor para no perder el equilibrio y caer hacia atrás. Ello le indicó que el avión continuaba volando impulsado por alguna misteriosa fuerza.

Volvió a sujetarse al asiento. Después extrajo de sus bolsillos un par de raciones alimenticias de emergencia. En un santiamén las devoró. Era curioso, reflexionó, que en una situación tan comprometida como la suya se dejara llevar por un instinto tan primitivo como era el hambre. Se sintió mejor y llegó hasta sonreír. A continuación lo acometió la sed. Unos cuantos sorbos de agua acidulada se la calmaron.

Satisfechas las primordiales necesidades y embargado por un optimismo totalmente infundado, se dedicó a analizar el estado de cosas.

Tratar de averiguar dónde se encontraba era tarea inútil. Probablemente jamás llegaría a saberlo, ni en realidad le importaba demasiado. Calcular cuánto tiempo seguiría subsistiendo ya era más interesante. Tenía raciones de emergencia para un mes y del oxígeno no tenía que preocuparse. Al parecer volaba dentro de una atmósfera perfectamente respirable y sana. Durante aquel tiempo ¿llegaría a algún sitio habitado?

Allí estaba el quid de la cuestión. No poseía ningún punto de referencia para precisar la situación del globo terrestre. En cambio, no le cabía la menor duda de que había escapado de la atmósfera y de la atracción gravitatoria. Volvió a infundirle temor la idea de que quizá estaba vagando por los espacios siderales, de que se había perdido en una inmensidad desconocida de que flotaba tal vez más allá del sistema planetario. Ideas absurdas, sí, pero: ¿había algo de lógico en todo aquello?

Miró hacia el frente. El cinturón de esferas se precisaba mejor

ahora, lo que significaba que se estaba acercando. Abarcaba una circunferencia aparente de un metro de diámetro. Las esferas brillaban con reflejos metálicos sobre el fondo rosa del horizonte. Las contó. Eran dieciocho e iguales sus tamaños.

Le vino a su mente el pensamiento de que aquellas esferas fueran planetas correspondientes a un mismo sistema. Le invadió una curiosidad irreprimible.

Alargando el brazo oprimió un resorte del cuadro de mandos y se abrió una especie de cajoncillo. Tomó de él unos grandes prismáticos.

Llevó el instrumento a sus ojos enfocándolo en dirección a la enigmática rueda giratoria.

Su cuerpo se tensó ante lo que estaba viendo. Ya no le cupo la menor duda. ¡Eran cuerpos celestes!

A «grosso modo» calculó la distancia que lo separaba de ellos. Miles de millas. Esto quería decir que los planetoides o lo que fueran debían de tener un tamaño enorme.

Algo le intrigó sobremanera. ¿De dónde salía la luz que iluminaba todo aquel espacio visible?

Hizo girar el asiento y dirigió su mirada al punto opuesto. Seguramente se había agotado su capacidad de asombro porque no experimentó la menor sorpresa al contemplar tres soles casi juntos situados encima de la cola de su avión. Sus tamaños no eran muy grandes y el resplandor que irradiaban tenía una coloración rosácea.

Los conocimientos astronómicos de Guy Sourza no eran sobresalientes precisamente. Tenía una idea aproximada de los planetas y las constelaciones, conocía rutinariamente algunas distancias y en ciertas ocasiones se interesó en los trabajos de varios científicos amigos suyos sobre los primeros viajes lunares. Pero ello no le había aportado nada que no fuera de un interés puramente anecdótico.

Y ahora, impensadamente, se encontraba protagonizando la primera aventura estelar. A menos que no estuviera siendo víctima de una simple ilusión de los sentidos.

Por pura curiosidad intentó establecer contacto radiofónico con la base de Edwards. A través de los auriculares le llegó una serie de chasquidos y zumbidos semejantes a los estáticos. Se despojó del casco y estiró las piernas desperezándose.

Volvió a dormirse.

* * *

Se despertó sobresaltado. Su primera intención fue ponerse en pie,

pero el cinturón se lo impidió produciéndole un fuerte dolor en los costados.

Sus pupilas se dilataron ante el espectáculo que se le ofrecía. El avión se deslizaba verticalmente hacia un inmenso lago rojo bordeado por enormes montañas que brillaban metálicamente con reflejos dorados. Estaba cayendo sobre un mundo desconocido, diferente a todo cuanto había contemplado en sus veintiocho años de existencia.

Perdido el control, agarrotados los mandos y falto de combustible, el Stratotanker iba a estrellarse irremisiblemente unos segundos después.

El instinto de conservación actuó providencialmente sobre Guy Sourza. Su puño izquierdo descargó contra el brazo del asiento. Cerró los ojos y simultáneamente sintióse proyectado en el vacío.

Unos instantes más tarde abrió los ojos y se vio flotando encima dél lago, a unos doscientos metros de altura. El paracaídas de seda se hallaba extendido sobre su cabeza sin una arruga, sin la menor oscilación.

De repente se produjo un chasquido ensordecedor. En el lago brotó un alto surtidor de líquido casi transparente. Aquel fue el extraordinario fin del Stratotanker.

Sourza cayó suavemente sobre la tersa superficie del agua. Por un instante temió que la densidad de la misma fuera insuficiente para sostenerlo. Pero, aliviado, comprobó que flotaba con facilidad. Se desprendió del paracaídas.

El agua estaba tibia y desprendía un grato perfume a almizcle. Braceando lentamente, Sourza giró sobre sí mismo para contemplar el panorama que le rodeaba. Un cielo de color de rosa, unas montañas doradas y el agua roja... No existía signo de vida.

Y Guy Sourza, el piloto de pruebas, hizo lo único que podía hacer: nadar hacia la orilla...

CAPITULO III

Guy Sourza se tendió sobre la finísima arena plateada y respiró a pleno pulmón para resarcirse del fatigoso ejercicio natatorio. El calor irradiado por los tres soles no era excesivo, por lo que el aviador sintió con agrado la dulce caricia de los rayos en sus carnes mojadas.

Paulatinamente fue desprendiéndose de las pesadas prendas que constituían su equipo de vuelo. Quedóse solamente con los pantalones y la camisa; luego sacó de los bolsillos las raciones de emergencia y, junto con las dos cantimploras de plástico, hizo un paquete.

Aliviado del cansancio, decidió llegada la hora de efectuar una exploración. Ya no experimentaba ninguna sensación de temor ni angustia; tampoco se sentía alarmado por la idea de no regresar jamás a la Tierra. Se hacía perfecto cargo de lo milagroso de su salvación y agradecía al Supremo Hacedor el privilegio único que había depositado sobre su insignificante persona. Albergaba, eso sí, una insaciable curiosidad acerca del futuro que le aguardaba. Aquel era un mundo que, por el momento, se le presentaba hospitalario. Su atmósfera era respirable y la temperatura reinante, más que soportable, era, incluso, agradable. En el ambiente flotaba un perfume embriagador, mezcla de mil aromas distintas. Y luego, los colores... Una sinfonía maravillosa de matices se ofrecía a todo lo largo del horizonte visual. Las montañas resplandecían ora plateadas, ora con fulgores dorados; el lago, cual inmenso rubí, relucía con mágicas ondulaciones que arrancaban destellos de fuego. Y rodeándolo todo, como el manto de un hada, el rosa pálido del cielo.

Sourza no se cansaba de mirar. Por contemplar aquel espectáculo, muchas personas habrían dado la mitad de su vida, habrían sacrificado todas las comodidades terrestres.

Comenzó a andar hacia la elevación menos pronunciada. Sus zapatas producían al andar un roce sonoro similar al raspado de un papel de lija sobre una superficie metálica. Al cabo de un cuarto de hora. Sourza había puesto en marcha su reloj, se encentró en mitad de la falda del monte. No había vegetación ni señales de vida. Tras

descansar unos minutos encendió un cigarrillo, el segundo en cinco años. Ni siquiera se preguntó por qué razón habría metido un paquete en el bolsillo de su pantalón.

En el nuevo descanso, cerca ya de la cumbre, cayó en la cuenta de un detalle que le había pasado desapercibido hasta entonces. La atracción gravitatoria de aquel planeta o cuerpo celeste debía ser muy parecida a la terrestre por cuanto no había notado diferencia alguna en los distintos esfuerzos realizados. Un mundo gemelo a la Tierra, pensó cada vez más esperanzado. Habrán hombres y mujeres, siguió reflexionando con cierta ilusión,

Alcanzó la cima de la montaña cuando su reloj señalaba la una, o sea que había transcurrido una hora desde que comenzara a andar.

Presa de una irresistible curiosidad, se asomó al borde opuesto para otear el panorama.

Una enorme selva negra se abría a sus pies. Árboles de todos los tamaños y formas, lianas y plantas rarísimas componían el más sugestivo y misterioso espectáculo que la mente podía imaginar. En aquel fondo tenebroso y oscuro destacaban gigantescas flores y frutos de mil colores distintos.

Y más halla del bosque, difuminado casi en el horizonte. Sourza distinguió un hermoso resplandor azul que, surgiendo del suelo, formaba una especie de cúpula semicircular.

De pronto, el aviador observó un movimiento extraño entre los árboles más próximos. Era como si una fuerza invisible apartara las ramas doblándolas hacia derecha e izquierda.

Con la mirada fija y conteniendo la respiración, Sourza vio cómo de aquel hueco de la vegetación surgía hacia arriba unos extraños seres vivientes.

Instintivamente los contó. Eran cinco y tenían la forma confusa de los trasgos o espectros creados por la imaginación humana. Sin estar dotados de alas se remontaban en el aire como grandes pájaros de grisáceo plumaje.

Sobrecogido, Sourza vio aproximarse lentamente a aquellos seres. Uno detrás de otro ascendían describiendo amplios círculos. Por su modo de volar era fácil intuir que vigilaban al intruso cautelosamente.

Por la mente del aviador no pasó la idea de huir. Hubiera sido necio hacerlo, entre otras razones porque no contaba con un refugio seguro ni resultaba de utilidad meter la cabeza debajo del ala como los avestruces. Lo importante era salir pronto de dudas en uno u otro sentido.

Los cinco seres voladores se hallaban ya muy cerca de Guy. Este pudo verlos y percatarse de sus formas con toda claridad. Eran alargados, provistos de cuatro extremidades que extendían en cruz

para volar y con la cabeza muy similares a las humanas.

Uno de ellos se destacó del grupo para dirigirse rectamente hacia Sourza. Los otros cuatro continuaron describiendo círculos a poca altura de él.

El aviador pidió mentalmente protección a Dios. No contaba con arma alguna para defenderse ni la echó de menos. Tal era su estado de ánimo expectante y sobresaltado.

El extraño ser se posó suavemente a un par de metros de distancia. Quedó inmóvil después.

Guy Sourza grabó en su mente los detalles del ser. Era un poco más alto que él e infinitamente más delgado también. Un tejido gris, algodonoso y de poca consistencia, cubría su cuerpo casi totalmente. Sosteníase sobre dos extremidades rematadas por unos diminutos cascos negros. Las otras dos extremidades manteníanse ahora pegadas al tronco en la actitud de un centinela firme.

Todo el temor de Sourza se esfumó al contemplar el gracioso y apacible rostro de la figura. Unos mechones dorados enmarcaban un contorno que recordaban a las gacelas. Sus ojos eran grandes y expresivos; las orejas puntiagudas y el hociquillo pequeño.

El mutuo examen duró bastante rato. Los otros cuatro compañeros continuaban describiendo círculos por el aire a la expectativa de lo que ocurría allí abajo.

Tranquilo por el aspecto inofensivo del ser, Guy Sourza ensayó el primer movimiento. Agachándose bruscamente, adelantó los dos brazos a la vez y compuso una rara expresión enseñando los dientes.

Aquella combinación de fauno y gacela retrocedió visiblemente atemorizado.

Sonriente, Guy recobró la postura normal. Procurando no volver a asustarlo desenvolvió el paquete y sacó uno de los bocadillos dulces. Con elocuente ademán se lo llevó a la boca dándole un pequeño mordisco; luego ofreció el resto al curioso animal.

—¿Somos amigos, Bambi?—preguntó con la voz más suave que pudo.

Bambi alargó tímidamente una de las extremidades superiores para alcanzar el bocadillo.

Guy adelantó más la vianda y sintió en su mano el roce de unos pequeñísimos dedos articulados. El bocadillo fue retirado rápidamente.

Sin dejar de mirar a Sourza, Bambi comenzó a morder el extremo del pan. Evidentemente fue de su agrado porque lo devoró en pocos instantes.

Una especie de trino melodioso brotó de su boca como queriendo

expresar su satisfacción. Los demás «bambis» descendieron graciosamente posándose junto al primero. Eran casi iguales e idénticos sus uniformes. Gorjearon largo rato cambiando sus impresiones acerca de aquel desconocido visitante. Habían perdido la timidez y sus ademanes no estaban revestidos de disimulo alguno.

Sourza les ofreció bocadillos a todos e intentó mezclarse en la incomprensible conversación. Al contemplar las espaldas de ellos vio que llevaban sujetos unos artefactos parecidos a los pulverizadores terrestres. Inmediatamente los relacionó con la asombrosa capacidad de volar de que estaban dotados.

—Es una lástima que no podamos entendernos—dijo Sourza gritando para hacerse oír entre la barahúnda de trinos y gorjeos—. Sois unos bichos muy simpáticos y me gustaría ser amigo vuestro.

No le hicieron caso. La conversación entre ellos tomó caracteres de violenta discusión. Parecía que se trataba de elegir a alguien y no se ponían de acuerdo.

Sourza se cruzó de brazos aguardando el resultado. Por fin, uno de los seres se despojó del cinturón que sujetaba el misterioso artefacto a su espalda y se lo entregó al piloto haciéndola señas de que se lo pusiera.

Sourza obedeció intrigado. Querían hacerle volar, pensó no sin cierta ilusión.

Una vez puesto el cinturón, el ser que él bautizara con el nombre de Bambi accionó un casi invisible dispositivo. Sourza se sintió izado hacia arriba con la misma facilidad que si fuera una pluma. Por un momento pataleó alarmado en el aire; luego extendió los brazos y piernas en cruz como viera hacer a los otros y notó cómo flotaba suavemente.

Los compañeros de Bambi se remontaron también; dos de ellos se colocaron a izquierda y derecha suya respectivamente asiéndole de las manos para conducirle en el vuelo que se iniciaba. Bambi quedó allá abajo observándolos.

Y así fue cómo Guy Sourza, el piloto más rápido del mundo, fue llevado a la ciudad principal del planetoide que acabara de descubrir.

* * *

Descendieron sobre un amplio recinto amurallado situado en el centro de un inmenso palacio de cristal negro. Multitud de seres iguales a los que conducían a Sourza pululaban en el patio. Se veía bien claro la expectación que despertaba su llegada. El clamor de trinos despertó en Guy el recuerdo de las casas de pájaros instaladas al final del Parque Madison, en Nueva York.

Dejaron a Guy en el suelo y se retiraron prestamente. Inmediatamente cayó sobre el joven norteamericano una tupida red de material flexible y esponjoso. Inútilmente se debatió en la trampa. De algún sitio surgió una nube de gas verdoso que llegó hasta él envolviéndolo. Perdió el conocimiento.

Cuando lo recuperó se vio encerrado entre cuatro paredes que parecían de cristal negro tallado. El suelo y el techo eran de la misma constitución. En cada ángulo había una mesa y en cada mesa un candelabro que ardía con azulada llama. Ningún objeto más llenaba la estancia.

Sintióse inquieto y disgustado. No había dado motivos para que lo encarcelaran de aquel modo y él, en cambio, sí dio pruebas de confianza que creyó ser aceptadas de buen grado.

De pronto experimentó una terrible punzada en el cerebro. El dolor fue tal que estuvo a punto de soltar un grito. Pero eso sólo fue el principio. Las sensaciones dolorosas se sucedieron ininterrumpidamente con intermitencias más o menos agudas. Presa de la desesperación se dejó caer al suelo revolcándose. Pensó que si aquello duraba mucho tiempo enloquecería irremisiblemente.

Poco a poco, el mismo dolor fue adormeciéndole. En un estado de semiinconsciencia notó como sí su mente estuviera siendo horadada y explorada por una mano invisible. Pensamientos y recuerdos de su infancia se agolpaban tumultuosamente contra sus conocimientos científicos y técnicos.

Jamás supo cuánto duró el suplicio. Su primera noción de la realidad la tuvo al ver una puerta abierta ante él. Se incorporó tambaleándose. Y tambaleándose todavía franqueó e] umbral.

Le deslumbró el espectáculo que se le ofrecía. Se hallaba al pie de una regia escalinata multicolor que conducía a un trono tallado en roca viva. Altos muros diamantinos, con matices que oscilaban entre el verde esmeralda y el sangriento rubí, eran rematados por una cúpula azul semitransparente. Guirnaldas, gallardetes y faroles prestaban al aposento una apariencia sobrenatural. Los más raros dibujos y los más complicados relieves constituían la decoración maravillosa de aquel palacio digno de «Las Mil y una Noches.»

Pero esto no era todo; las sensaciones visuales se completaban con una música dulcísima que parecía provenir de todas partes y de ninguna en particular; era como el arrullo del agua al resbalar sobre diminutas campanillas con un fondo celestial de violines. Un fragante aroma, mezcla de sándalo y jazmín, impregnaba el ambiente,

Guy sintió la embriaguez de los sentidos. Su aturdida mirada iba de un lado a otro recreándose en aquel espectáculo único.

No había nadie en el aposento. O, por lo menos, eso fue lo que

creyó al principio.

Pero después, cuando su vista siguió la pendiente ascendente de la escalinata, vio algo que le cortó la respiración.

¡Vio una mujer sentada en el trono!

CAPITULO IV

A

cércate sin temor, «Hombre de la Tierra...»

Guy Sourza no dio crédito a sus oídos. Estúpidamente levantó una pierna y se dio un fuerte pisotón. El daño le hizo ver que no estaba siendo víctima de una alucinación.

—Acércate sin temor, «Hombre de la Tierra» —volvió a repetir la mujer del trono. Su voz tenía inflexiones musicales.

El aviador comenzó a subir por la escalinata. Muy lentamente, sin fijarse en los peldaños, avanzó con la mirada puesta en la joven que, ahora, se había puesto en pie para recibirle.

Era una mujer de belleza imposible de describir. Extraordinariamente rubia y de tez sonrosada, su estatura sobrepasaba un poco de lo normal. Su admirable cuerpo aparecía semivelado por un sutil juego de gasas que le cubría hasta un poco más arriba de las rodillas. Riquísima pedrería centelleaba en torno de su cintura, brazos y tobillos.

Sus perfectas facciones sonreían hechiceramente al dar la bienvenida a Sourza.

—Te saludo, Guy Sourza. Sean para ti mis deseos de salud y felicidad. Bienvenido seas al Reino de Neyers.

El aviador tragó saliva dificultosamente. Si todo lo acontecido rebasaba los límites de lo concebible, el hecho de que aquella mujer supiera su nombre tenía visos de brujería.

—Gracias... Muchas gracias—balbuceó. Y se quedó mudo, contemplándola extasiado.

—Mi nombre es Nyra—dijo ella sin dejar de sonreír—. Soy la Reina de Neyers.

—¡Y hablas inglés...!—con sólo tres palabras Sourza expresó todo su asombro.

—Hablo inglés y sé todo lo que tú sabes—replicó la Reina de Neyers. Sus grandes ojos de color leonado lo examinaron de arriba a abajo. Por su expresión ligeramente admirativa no era difícil adivinar que Sourza resultaba de su agrado, a pesar del desaliño del aviador y de la hirsuta barba que crecía en sus mejillas—. Estás cansado,

«Hombre de la Tierra»; siéntate a mi lado y cuéntame las cosas del viaje. ¿Tienes hambre, quieres dormir primero?

La gentil invitación produjo una honda emoción a Sourza. Todos sus temores, las inquietudes y sensaciones anteriores se borraron de su mente para dar paso a una felicidad jamás experimentada. Aquella mujer, exquisita obra de la Naturaleza, se había infiltrado en su espíritu como una pócima embrujada.

—Eres bella como una diosa, Nyra—declaró Sourza traduciendo inconscientemente sus pensamientos—. ¿Se parecen a ti todas las mujeres de este planeta?

Un mohín de coquetería asomó a los rojos labios de la joven.

—Soy la única mujer de Neyers—contestó— Y tú el único hombre…

Una oleada de fuego recorrió las venas del aviador. Nunca había sido tímido con el sexo contrario pero en esta ocasión no supo qué decir. Su voluntad estaba dominada por la acariciadora mirada de Nyra.

—Siéntate a mi lado, Guy—volvió a invitar ella señalando un alargado banco tapizado con cojines de reluciente tela—. Me figuro que tendrás curiosidad por saber muchas cosas. Te sorprende encontrarte aquí ¿verdad?

Guy tomó asiento cerca de la Reina, al lado izquierdo de su trono. La espléndida belleza de ella y el perfume embriagador que se desprendía de sus cabellos le hicieron sentirse cautivo de una red irrompible.

—¿Es éste tu palacio, Nyra?—preguntó el norteamericano abarcando con un ademán toda la riqueza del decorado.

Nyra asintió con un movimiento de cabeza. Nada, salvo su extraordinaria hermosura, hubiera hecho sospechar que era una criatura de otro mundo; sus modales, su forma de hablar y sus expresiones eran tan terrestres como el propio Sourza.

—Es mi palacio y al mismo tiempo el cuartel general de todos mis ejércitos—contestó—. Si ahora no ves a nadie es porque ordené desalojar las salas con el fin de que nada estorbara nuestra entrevista. A una simple llamada mía verías acudir a cientos de «niyitas». Pero tú prefieres estar solo ¿no es cierto?

Sourza se acarició pensativamente la barbilla.

—Sólo dos cosas quiero saber de momento —dijo al cabo de unos instantes de reflexión—. Quizá puedas tú informarme.

—Pregunta.

—¿Cómo es que hablas mi idioma y conoces todo lo que a mí respecta?

—Llevas cinco días entre nosotros; cinco días compuestos de veinticuatro horas vuestras...

—¡Cinco días!—exclamó Sourza boquiabierto—. ¡Si me parece que fue hace un momento cuando vine!

—Mis súbditos te sometieron a un estado letárgico durante el cual revelaste todos los conocimientos que almacena tu mente. Luego, por un sencillo método de asimilación directa, aprendimos dichos conocimientos. Así pues, de ahora en adelante procuraré expresarme con arreglo a las definiciones terrestres. Te ruego me corrijas si en algo me equivoco. ¿Cuál es la otra cosa que deseas saber?

—¿Qué mundo es éste?—inquirió Sourza no repuesto aún del asombro que le produjo la revelación de Nyra.—Traducido a vuestro lenguaje, su nombre es Neyers—contestó ella sonriente—. Es el planeta número uno de un sistema compuesto de dieciocho que dista de la Tierra un millón de millas aproximadamente. La denominación del sistema es «Cinturón N-32» y se halla enclavado en la nebulosa de Persiaes.

Sourza rebuscó en su mente el recuerdo de aquella nebulosa. Al cabo de unos segundos se dio por vencido. En cambio, evocó la visión que se le ofreció al despertar en la carlinga del Stratotanker al cabo de doscientas horas de vuelo: ¡Un cinturón de dieciocho esferas plateadas!

—No conozco esa nebulosa—dijo un poco avergonzado de su ignorancia—. Sin embargo, está cerca de la Tierra. Apenas la separa un millón de millas.

—La nebulosa de Persiaes está fuera del alcance de los telescopios terrestres—declaró Nyra.

—Imposible—refutó Sourza con pleno convencimiento—. Los telescopios terrestres consiguen imágenes infinitamente más lejanas.

—Pero situadas en el mismo plano. No sé cómo explicártelo. Guy. Es una lástima que no seas astrónomo. No obstante procuraré darte una idea con ejemplos. El Sistema «Cinturón N-32» está muy próximo al de vuestro sol, casi al alcance de la mano, según se suele decir vulgarmente en la Tierra. Suponte por un momento que te hallas encerrado en una estrecha habitación sin techo, cuyas paredes se prolongan hasta el infinito. Con un potente telescopio tu vista alcanzaría a ver las estrellas más lejanas. ¿Comprendes esto?

Sourza asintió en silencio.

—Verías las estrellas más lejanas—siguió diciendo Nyra—, pero en cambio, no distinguirías lo que hay al otro lado de las paredes, lo que podrías tocar con los dedos si no existiera esa barrera. Pues bien, vosotros los terrestres veis solamente los astros y nebulosas situados en un plano vertical. Ignoráis, por lo contrario, lo que hay a los otros

lados de las paredes, lo que hay sobre el techo. ¿Sigues comprendiendo?

—Está perfectamente claro—repuso Guy—. Pero aún queda otra cuestión que resolver. ¿Cómo mi avión pudo romper esa pared? ¿Cómo pude vencer sin combustible la ley de la gravedad terrestre?

—Porque sin saberlo te dirigiste directamente hacia el invisible muro. Y este muro, formado por capas superpuestas de gases magnéticos, tiene un poder de atracción superior al de la gravitación terrestre e incluso solar. Tu avión fue absorbido por las tempestades magnéticas y rechazado hacia este otro Universo. Ocurre muy frecuentemente en los espacios siderales.

Guy Sourza guardó silencio unos instantes. Le era necesario ir encajando en su mente todos aquellos conceptos nuevos y rellenar los huecos de su ignorancia; pero, asimismo le era forzoso escalonar las preguntas en un orden que le facilitara la comprensión.

—Significa lo que acabas de decir que existen dos Universos distintos—murmuró pensativo.

—Dos no—contradijo Nyra—; infinidad de Universos separados entre sí por franjas magnéticas. El conjunto constituye una colmena.

Sourza sonrió.

—Debo parecerte un idiota—declaró—. Aunque viviera cien años más nunca sabría vuestras cosas...

—Vivirás más de cien años—repuso ella devolviéndole la sonrisa—. En el Cinturón N-32 no penetran los rayos cósmicos y, por tanto, las condiciones biológicas son perfectas. Mientras vivas aquí jamás te sentirás enfermo ni cansado.

—Dijiste antes que eras la única mujer de Neyers; ¿cómo se explica eso?

—Es muy sencillo. Igual que tú, vine aquí por accidente: o mejor dicho, vinieron mis padres. Estos vivían en la Tierra, en un continente hoy desaparecido en el que floreció una civilización tan adelantada como la vuestra actual. Cierto día, el avión que tripulaban mis padres se desvió de su rumbo y tomó la misma trayectoria que tu Stratotanker. Los habitantes de este planeta los designaron Reyes del Cinturón; y yo les he sucedido en el trono.

Sourza sacudió la cabeza aturdido.

—Un continente desaparecido... ¿Sería la Atlántida?

—Exactamente—concedió Nyra—. La Atlántida que vuestros geólogos han buscado tanto tiempo infructuosamente.

—Un momento. Nyra: ¿cuándo ocurrió eso?

—Hace aproximadamente cinco mil quinientos años.

Sourza dio un respingo.

—¡Cinco mil quinientos años!—exclamó asombrado—. Entonces ¿cuántos tienes tú?

—Veintisiete.

La estupefacción del aviador no tuvo límites.

—Me estás tomando el pelo, Nyra. ¿Insinúas que tus padres vivieron tanto tiempo?

—No lo insinúo; lo afirmo rotundamente y, además, te lo demostraré cuando quieras.

Sourza se pasó una mano por el revuelto cabello.

—Temo que mi cabeza estalle de un momento a otro—declaró muy serio—. Estoy pensando si no estaré muerto ya y esto es el infierno...

—¿Te parece a ti?—en los labios de Nyra se dibujó una sonrisa hechicera.

Sourza se sonrojó.

—Perdóname; no digo más que estupideces. Cuéntame algo más de vuestro mundo, de vuestra civilización.

—Irás aprendiéndolo todo poco a poco. Aquí en el Cinturón, las prisas no existen, el tiempo está paralizado como si dijéramos. Pero, de todos modos, te informaré de las cosas básicas. Nuestra civilización lleva bastante adelanto sobre la vuestra; las artes y las ciencias predominan igualmente, reina la paz y la armonía entre todos los súbditos del planeta, y por esta misma razón no existen los delitos. Tampoco padecemos de ese mal que en la Tierra se denomina dificultades económicas. En Neyers podría haber felicidad completa...

—¿Podría?—en la pregunta de Sourza había una ligera entonación de sarcasmo—¿Acaso ambicionáis algo más?

Una sombra de amargura pasó por el semblante de ella.

—En el planeta Thais, del Cinturón, gobierna un hombre—explicó—; un hombre sin escrúpulos ni religión, empeñado en hacerse amo y señor del Sistema. Periódicamente envía sus naves contra nosotros e intenta someternos con la amenaza de la destrucción. Hasta ahora hemos podido combatirlo con éxito. Pero un día u otro acabará venciendo.

—¿Por qué?

—Es más inteligente y astuto que nadie. Su nombre es Tharsis y vino también de la Atlántida por causa de un accidente científico que estuvo a punto de costarle la vida. Fue amigo de mi padre algún tiempo, allá en la Tierra, pero éste se separó de él al conocer su verdadera personalidad.

—¿Le has visto alguna vez?

El odio fulguró en las pupilas de la joven.

—Sí—contestó—. Hace dos años vino con su escolta real para exigirme que me casara con él. Una tentativa más para apoderarse del Cinturón. A mi negativa respondió con el ataque más formidable que Neyers haya padecido. Desde entonces acá han cesado las tentativas. Sabemos por nuestros espías que Tharsis sigue incrementando su flota guerrera dotándola de nuevos perfeccionamientos.

—Al referirte a años…

—Nuestra medida del tiempo es igual que la vuestra—se anticipó Nyra—. Mis padres la implantaron aprovechando la similitud del movimiento de traslación.

—Tharsis y tú gobernáis dos planetas: ¿y los otros dieciséis?

—Son autónomos. Las diferentes especies de habitantes que los pueblan se hallan en período evolutivo todavía. Prácticamente están sin explorar, al menos en lo que a Neyers respecta; ignoro si Tharsis habrá extendido su dominio a alguno de los planetas.

—Por lo que veo domináis la ciencia de la navegación interplanetaria—declaró Sourza—. ¿Nunca pensaste regresar a la Tierra?

—Soy feliz aquí. Mis súbditos me adoran y la vejez no existe. Por otra parte nada echo de menos.

—Toda mujer desea casarse—Sourza volvió a sonrojarse.

Nyra guardó silencio unos segundos. Su mirada se apartó de él como temiendo que le adivinase los pensamientos.

—Nunca he sentido la necesidad de contraer matrimonio puesto que nunca han habido hombres en Neyers—contestó al fin—. El amor es cosa desconocida para mí. ¿Eres tú casado?

Sourza hizo un signo negativo con la cabeza.

—Mi novia me habrá dado ya por muerto —repuso dándose cuenta de que lo decía sin tristeza.

Ella enarcó las cejas.

—¿Quieres regresar a la Tierra?—preguntó.

Sourza no supo qué contestar. Nyra acababa de plantearle el más difícil de los problemas. Volver significaba convertirse en un héroe sensacional, en un triunfador de los espacios siderales; quedarse podía ser la felicidad eterna. Al acariciarse la mejilla, Sourza tropezó con la hirsuta barba. Instintivamente imaginó que su aspecto no debía ser atractivo precisamente.

—Tengo que afeitarme—dijo impensadamente.

Nyra lo examinó atentamente.

—Eres guapo y arrogante—le contestó sin embarazo—; Tharsis es viejo y horrible.

Sourza sintió latir más deprisa su corazón. Aquella comparación había sido pronunciada con un acento casi insinuante.

—¿Te alegrarías de que me quedara en Neyers ?—interrogó intencionadamente.

—Me darías la mayor alegría de mi vida—los ojos de ella se iluminaron.

Un estremecimiento de placer recorrió todo el ser del aviador.

—Me quedaré contigo para siempre—decidió jovial.

Jamás pudo imaginar Guy Sourza que aquella decisión suya equivaldría a una sentencia de muerte contra la Tierra.

CAPITULO V

Tharsis, Rey de Thais, comparó detenidamente los datos facilitados por diversos y complicados cerebros electrónicos que ocupaban gran parte de su laboratorio de trabajo.

—Todo está listo, Traían—dijo a su ayudante «robot»—. La ciudad de Novaterra será atacada al amanecer. Comunica sin pérdida de tiempo las instrucciones. Si esta vez no fallamos, Nyra sabrá muy pronto de mí.

El «robot» mecánico, gigantesca armadura de platino y aluminio, dejó escapar una risa estridente. Era su aprobación a las palabras de Tharsis.

Poseedor de una vanidad irrefrenable, Tharsis había construido un potentísimo ejército de «robots» dotado de mortífero poder ofensivo, y prácticamente invulnerable. Las células vivientes que integraban cada cerebro procedían de los «hombres-jaguar» de Thais y habían sido educadas concienzudamente para la obediencia. La sensibilidad telepática de dichos cerebros era tal que éstos cantaban perfectamente el estado de ánimo de Tharsis y transmitían a los metálicos organismos la reacción requerida para cada caso. En esta ocasión, el ayudante «robot» rió porque Tharsis así lo esperaba. En los momentos de depresión o fracaso, Traian permanecía silencioso.

Al quedarse solo en el laboratorio, Tharsis comenzó a pasear de un lado a otro buscando alivio a la enorme tensión nerviosa que originara el trabajo suyo de las últimas 24 horas.

Era un hombre rechoncho y grueso, de espalda gibosa y tez aceitunada. Su desmelenada cabellera negra se confundía grotescamente con una larga barba rojiza que le cubría hasta la mitad del pecho. Tenía la nariz achatada y sus oíos cruzaban diagonalmente la única parte visible del rostro. Todo en su persona era deforme y siniestro, aspecto que se acentuaba con una habitual diabólica expresión. Era un hombre en el que la maldad había impreso todas sus huellas, desde la mirada huidiza y sádica hasta su siniestro andar. Su tocado consistía en un flexible sayón cubierto de pedrería.

Como era costumbre en él comenzó a monologar matizando cada

una de sus frases con elocuentes e imperiosos ademanes.

—¡Oh, cómo ansío la llegada del amanecer...! Vosotros, los astros, seréis testigos de mi triunfo, de mi victoria sobre lo que existe y existirá... Ya no habrá nada que me impida ser Rey omnipotente del Cinturón; ni tú siquiera, Nyra... Novaterra será arrasada por mis ejércitos y luego le seguirá la misma suerte a Neyers, Dos traslaciones he esperado que llegara este momento; dos traslaciones desde que tú, Nyra, osaste despreciar mi amistad...

Una franja de luz rosácea penetró por la escotilla superior del laboratorio. Tharsis dejó de hablar bruscamente y acudió a un amplio ventanal. Oprimiendo un botón, se descorrieron dos tableros metálicos dejando al descubierto un cuadrado que daba libremente al exterior.

Su mirada anhelante se clavó en el horizonte, donde tres semicírculos casi juntos esparcían la claridad del amanecer. Eran aquéllos, los tres soles del sistema Cinturón N-32.

Tharsis volvió a cerrar la ventana. Su semblante aparecía transfigurado por una expresión de insano goce.

Se dirigió a un cuadrante repleto de interruptores y accionó uno de ellos.

Al instante se presentó el «robot» Traian.

—¿Cumplidas las órdenes, Traian?—preguntó mirando fijamente el enorme ojo amarillo que asomaba por entre una hendidura del metálico casco.

—Sí, Tharsis—replicó el «robot» con su característica voz estridente y desprovista de matices. Las aberturas del ojo parpadearon levemente—. Los ejércitos están preparados y la ciudad de Novaterra alertada para el ataque. Sólo aguardan la señal.

—Está bien; déjame sólo.

El «robot» se ausentó de nuevo.

Tharsis, Rey de Thais, se sentó frente a una pantalla de grandes dimensiones que ocupaba todo un testero de la habitación. Al alcance de su mano se extendía una doble hilera de dispositivos de control.

Se apagaron las luces del laboratorio, y casi simultáneamente, la pantalla se iluminó formando una complicada red de trazos iridiscentes. Al mismo tiempo, de un altavoz invisible empezó a surgir un confuso sonido, mezcla de gritos e instrumentos de percusión.

Los trazos de la pantalla fueron desdibujándose, retorciéndose las líneas más oscuras, hasta convertirse en un paisaje de bosques y montañas. Al principio la escena pareció vacía de seres vivientes; un poco después las montañas se ampliaron, como si la cámara de televisión fuera ascendiendo por ellas a un ritmo muy lento.

—¡Ahora!—exclamó Tharsis accionando uno de los dispositivos.

Una nube de discos plateados saltó de las montañas remontándose hacia el cielo. Eran incontables los objetos y volaban en formación muy cerrada.

La imagen reflejó ahora la vertiginosa evolución de los discos, dejando atrás la cordillera que, finalmente, se perdió de vista.

La cámara siguió la trayectoria de los artefactos hasta que éstos se situaron por encima de una fantástica ciudad. Cientos y cientos de cúpulas transparentes se extendían formando recuadros de idénticas proporciones. En un santiamén, la escena cobró un aspecto inusitado. De cada cúpula surgió un fino haz rojizo que ascendió al cielo en dirección a la nutrida escuadrilla de discos volantes. El laboratorio se llenó de secos chasquidos y explosiones amortiguadas.

Presa de una ansiedad incontenible, Tharsis se inclinó hacia la pantalla a fin de no perder detalle de la batalla que se iniciaba.

La escuadrilla atacante se disgregó en todas las direcciones; cada disco volador trazó una espiral descendente para evitar ser alcanzado pollos haces luminosos que ahora se cruzaban a baja altura formando una compacta malla. Muchos artefactos quedaron disueltos en el aire; otros, la mayoría, cayeron raudos sobre las cúpulas escogidas como blancos. Un humo negro y denso comenzó a esparcirse por la ciudad.

Tharsis manipuló otro de los resortes. Una nueva oleada de objetos volantes, mayores esta vez, apareció por el horizonte contrario. La debilitada defensa de la ciudad casi no tuvo tiempo de actuar. Una serie de prolongadas explosiones se sucedió con la consiguiente aniquilación de cúpulas transparentes.

El Rey de Thais transmitió la orden de que cesara el ataque; los discos volantes se retiraron prestamente. Al cabo de una regular espera, cuando las nubes de humo se hubieron disuelto, la pantalla televisora mostró una escena sobrecogedora; de la gran ciudad sólo quedaban residuos incandescentes que brillaban con fulgores amarillos y verdes.

Tharsis aproximó la imagen para captar los detalles del desastre organizado por él. En el cuadrado luminoso desfilaron rápidamente algunas calles de la ciudad; distinguíanse por entre los escombros numerosos rebaños de seres parecidos a los centauros de la mitología que deambulaban vacilantes, con movimientos que delataban un pánico incontrolable. Eran los «hombre-jaguar» de Novaterra que habían logrado sobrevivir al ataque.

Otra nueva manipulación de Tharsis sobre el control remoto cambió el aspecto de la escena. Procedentes de los cuatro puntos cardinales, surgieron avalanchas de «robots» que se esparcieron instantáneamente por todas partes, avanzando por entre los escombros incandescentes, destruyendo y matando por doquier, demoliendo con

asombrosa facilidad las cúpulas que quedaban en pie. Al cabo de unos instantes, las imágenes ampliadas por la cámara revelaron que no quedaba un vestigio de vida en Novaterra.

No satisfecho con ello, Tharsis hizo que los «robots» se retiraran de la escena para asestar el golpe definitivo. Uno, dos, tres... cinco apocalípticas explosiones abrieron otros tantos gigantescos cráteres en la arrasada superficie de la ciudad. Se elevaron en el aire enormes trozos de roca y surtidores de fuego violáceo que llenaron la pantalla en una confusión indescriptible.

Crispados los labios de Tharsis por una sonrisa diabólica, éste se dejó caer en el respaldo del asiento respirando agitadamente. La batalla dirigida por control remoto había finalizado con el resultado apetecido. El crepitar último de la ciudad le produjo un goce supremo. Ahora estaba persuadido de su victoria en el duelo que se aproximaba con su odiada rival Nyra.

Cortando la visión de la pantalla, se puso en pie y encendió las luces de la habitación. Luego se instaló ante un pequeño tablero en el que había dibujado los planos de la operación llevada a cabo. Durante un buen rato se dedicó a efectuar una serie de complicados cálculos comparativos.

Todo había, salido con arreglo a los planes trazados. La destrucción de Novaterra era un simple ensayo de las nuevas armas creadas por su inteligencia durante los dos últimos años. La ciudad había sido elegida entre una de las más importantes del planeta que gobernaba. Después de dotarla previamente con un sistema defensivo de iguales características al utilizado por Nyra en su planeta Neyers, conminó a sus habitantes a emplear todos los recursos posibles contra el ataque planeado. Mandó también a un «robot» adiestrado en la estrategia militar para que dirigiera la defensa. Pero a pesar de ello, su formidable ofensiva apenas halló obstáculo alguno. Novaterra había sido aniquilada en la mitad del tiempo previsto por Tharsis.

El terrible sacrificio impuesto por el rey de Thais a más de un millón de súbditos no afectó lo más mínimo a su conciencia. Ni siquiera llegó a pensar que se trataba de un sacrificio; las vidas de un millón de «hombres-jaguar» no significaban nada para su modo de considerar la cuestión; era aquél un paso más hacia la meta ambicionada, el paso que lo acercaba definitivamente al trono en que se erigiría en Rey supremo del Cinturón N-32.

Tras el aviso de una señal luminosa, penetró en el laboratorio el «robot» Traian.

—Ha llegado el agente X-3—informó en su conciso lenguaje.

Brilló excitada la mirada de Tharsis.

—Hacedlo pasar—ordenó.

El «robot» se retiró. Al cabo de un momento la puerta del laboratorio se abrió para dar paso a una complicada mesa rodante sobre la que se veía una esfera dorada del tamaño de un cráneo humano.

Tharsis cerró la puerta. Luego apretó un diminuto resorte que sobresalía de la esfera. Un ojo amarillento, similar al de los «robots» se destacó en la ranura abierta.

—¿Qué novedades hay en Neyers ?—preguntó Tharsis.

—Nyra ha recibido la visita de un hombre procedente de la Tierra —contestó una voz procedente de la esfera.

Los ojos de Tharsis estuvieron a punto de salírsele de las órbitas. Se tambaleó como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¡Qué dices!—barbotó fuera de sí—. ¡Mientes, eso no es posible!

—El hombre se llama Guy Sourza—prosiguió la extraña voz que surgía de la esfera.

—¿Quién lo llamó a Neyers y cómo llegó hasta allí?—Tharsis parecía próximo a un ataque de nervios.

—Nadie le llamó. Es un piloto de pruebas y su avión escapó de la gravedad terrestre.

Tharsis enarcó sus pobladas cejas.

—¿Avión,..? ¿Qué es eso?

—Oí decir que es un aparato que vuela a grandes velocidades.

—¡No existen ya en la Tierra¡—gritó Tharsis—. ¡El dominio del hombre sobre las ciencias se extinguió cuando desapareció la Atlántida! ¡Has debido volverte loco, X-3…! Voy a revisar tu cerebro.

Tharsis tomó en sus manos la esfera y la introdujo en un verificador de averías. Los indicadores señalaron su normal funcionamiento.

Una reacción violenta se operó en Tharsis. Barbotando en un lenguaje incomprensible, golpeándose el pecho con los puños cerrados y con los ojos desorbitados por la ira, el Rey de Thais pareció que iba a perder la razón.

Tardó largo rato en tranquilizarse. Se acercó nuevamente a la esfera. El ojo de ésta lo miró fríamente, carente de expresión.

—¿Cómo es ese terrestre?—interrogó Tharsis—. ¿Joven o viejo?

—Joven—contestó la esfera—. Nyra se ha enamorado de él y le ha pedido que se quede en Neyers.

Una mueca de rabia contrajo el rostro de Tharsis. Realizando un esfuerzo sobrehumano logró controlar los nervios.

—¿Ha accedido Sourza a quedarse?-—volvió a preguntar.

—Sí.

—¿Sabes si llegarán a Neyers más hombres de la Tierra?

—Algo dijo Sourza de solicitar ayuda para combatirte. Nyra le informó de todo.

—¿Oíste hablar de las armas terrestres?

—Poseen la bomba de hidrógeno.

—¿Qué clase de arma es ésa? ¿Es superior a las nuestras?

—No es superior pero destruye también ciudades enteras. Las bombas son transportadas por los aviones.

Tharsis quedó pensativo. Al cabo de unos instantes, su voz volvió a preguntar:

—¿Dices que ese hombre ofreció ayuda?

—Nyra está dispuesta a facilitarle una nave del espacio para que lleve bombas de hidrógeno a Neyers. Ocho bombas serán suficientes para destruir tu reino, Tharsis.

Tras una breve reflexión, habló Tharsis.

—Si ese hombre logra llegar a la Tierra no tendrá valor suficiente para regresar a Neyers. El espíritu de los terrestres no está preparado para los viajes interplanetarios. Aunque sea su propósito volver, le fallará la voluntad.

—Guy Sourza se ha enamorado también—objetó la esfera parlante.

Ofuscado por una terrible ira, Tharsis derribó la esfera con la mano y la pisoteó brutalmente hasta reducirla a un irreconocible amasijo de vísceras y resortes. El ojo amarillo se desprendió y rodó hasta una de las esquinas de la sala, desde donde siguió mirando grotescamente a Tharsis. Este lo aplastó con el pie hasta conseguir reventarlo.

Luego alzó los brazos en un horrible ademán de amenaza.—¡Destruiré la Tierra antes de que tú llegues, maldito!—rugió—. ¡Y después destruiré tu Reino, Nyra! ¡No habrá paz en los Universos hasta qué llegue ese momento!

CAPITULO VI

Sonó un rugido ensordecedor y simultáneamente la obscuridad fue rasgada como por un gigantesco rayo rojo. La noche quedó quieta después. Sólo un penetrante olor acre y dulzón, a la vez, perduró unos instantes en el ambiente.

Floyd Smith, centinela de guardia en el sector oeste del polvorín atómico, acudió con toda la rapidez que le permitían sus piernas al lugar donde creyó había sucedido el misterioso fenómeno.

Su estupefacción no tuvo límites al contemplar un enorme pedrusco a medio incrustar en el asfalto. Un meteorito, se dijo un tanto aliviado. La parte visible del mismo tenía una altura superior a la de él y su forma parecía corresponder a la de un poliedro con los bordes desgastados.

Antes de que Floyd Smith pudiera entregarse a un examen más concienzudo del meteorito, llegaron al lugar dos centinelas más y el oficial de guardia. La sorpresa de éstos fue semejante a la de Floyd.

—¡Que no lo toque nadie!—ordenó el oficial—. Debe estar incandescente.

Floyd dejó escapar un respingo. La advertencia le había llegado demasiado tarde, pues, si no recordaba mal, tocó el aerolito nada más verlo.

Desobedeciendo la orden del capitán Hastings, el centinela puso su mano izquierda sobre una de las caras del poliedro llovido del cielo.

—Está frío—declaró—. No me explico cómo puede ser...

En todos los rostros se reflejó la extrañeza. Cautelosamente, el capitán Hastings avanzó un paso e imitó la acción de Smith.

—Sí; está frío—replicó cada vez más perplejo.

—Lo vi caer a menos de cien metros de mí —dijo Smith—. Pensé que era un obús o algo por el estilo. ¿Se ha fijado usted, señor, en la forma tan rara que tiene este trozo de roca? Diríase que alguien la ha tallado así a propósito.

—Es muy raro todo lo que ha ocurrido—contestó pensativamente el capitán Hastings—. Un meteoro de líneas simétricas y que no se ha calentado al roce con la atmósfera... Sí que es raro. A ver, uno de

ustedes que traiga un juego portátil de reflectores. Es conveniente precisar las características antes de emitir el informe.

Minutos más tarde, tres potentes reflectores enfocaban diametralmente al meteorito. Los hombres que habían a su alrededor intentaban reunir mentalmente todos sus conocimientos acerca del extraño fenómeno.

—Siempre creí que existían siete colores únicamente—manifestó Hastings—. No sé si será defecto de mi retina pero me parece que veo tres diferentes a todas las variaciones conocidas. ¿Están de acuerdo conmigo?

—Tres colores imposibles de describir, inéditos por completo. Intentar definirlos es como pretender que un ciego explique lo que es el rojo, por ejemplo.

—Exactamente—concedió el capitán Hastings—. Aquí hay trabajo para todas las Universidades juntas. Es atrevido lo que estoy pensando pero creo que ustedes coincidirán conmigo. Esto no es un meteorito...

* * *

A la misma conclusión llegó el grupo de científicos llamados para el estudio del caso. La noticia, nacida en Oakland, California, donde había caído el supuesto meteorito, alcanzó una resonancia mundial. Todos los periódicos y revistas divulgaron, con más o menos veracidad, los detalles del suceso. Los principales hombres de ciencia, especialmente los astrónomos, emitieron públicamente sus juicios y formularon las hipótesis más contradictorias.

Doce horas duró la primera investigación realizada por el equipo de científicos nombrado por la Comisión Astronómica de los Estados Unidos. El infructuoso resultado de la misma causó un desaliento general. La opinión pública exigía datos concretos, no se contentaba con el inexplicable fracaso del equipo dirigido por Selwin de Kruift, el más reputado geólogo de América.

Fue entonces cuando Selwin de Kruift decidió fragmentar el meteorito para proceder a un estudio más ampliado.

Se requirió el servicio de dos hábiles cortadores de roca. Tarea inútil. La superficie del meteorito se resistía a cualquier clase de instrumento utilizado. No hubo más remedio que acudir a la acción de la dinamita.

Adoptando todo género de precauciones fue incrustada una pequeña carga de dinamita en el asfalto junto a una de las caras del enigmático pedrusco.

Desde la torre del polvorín atómico, Selwin de Kruift accionó el dispositivo percutor.

Sobrevino un resplandor indescriptible. Durante unos segundos, el cielo se tornó rojo, la Tierra tembló como sacudida por un terrible terremoto y un fragor horrísono se extendió a todos los ámbitos.

Las dos millas cuadradas que comprendía el polvorín saltaron por los aires con la misma facilidad que un huracán barre una colina de arena. Estallaron consecutivamente los depósitos nucleares con la consiguiente y apocalíptica devastación y el cielo se cubrió de un humo denso y negro en el que se entremezclaban las llamas.

* * *

Dos días después, el balance del desastre registraba la desintegración total del territorio comprendido entre el Cabo San Lucas, en la Baja California y la ciudad de San Francisco. El número de víctimas se cifró aproximadamente en treinta y ocho millones, lo que representaba un poco más del diez por ciento de la población estadounidense.

Una ola de pánico se extendió por todos los continentes, desatando reacciones imprevistas en las grandes y pequeñas naciones del orbe. Cayeron gobiernos de la noche a la mañana, emigraron masas enteras de población hacia los casquetes polares y, como era de esperar, saltaron los primeros chispazos de una conflagración mundial.

Sólo en un punto coincidieron las gentes en aquellos momentos de desconcierto; el desastre que originara la aniquilación de California había sido provocado por un ataque extraterrestre.

Pero aquello sólo fue la iniciación. Antes de que transcurrieran tres días, la isla de Creta saltó por los aires en una explosión que se oyó a más de mil kilómetros de distancia. Ni qué decir tiene que no quedó rastro alguno del formidable depósito de armamentos y combustibles instalado en la isla por las naciones integrantes del Pacto Atlántico.

Después de Creta desaparecieron de la superficie terrestre las islas de Borneo. Trinidad y Jamaica, e igualmente las regiones de Vladivostok. Detroit, Yucatán y Desierto de Kalahari, todas ellas sedes de importantes almacenamientos bélicos.

A la vista de esto, el mundo se preparó para e1 inminente final Podría ser cuestión de horas, días o semanas; el optimismo desapareció de la faz de la Tierra y nadie albergó la menor ilusión de sobrevivir.

Aquél era el principio del fin.

* * *

Nyra preguntó a Guy Sourza si estaba satisfecho de lo que había

visto a lo largo del viaje que duró seis días.

—Hay cosas muy interesantes en el planeta Neyers—contestó él—. La facultad de entendimiento entre todos los animales y la común cooperación de las especies en pro de la paz y el bienestar es lo que más me ha impresionado.

Nyra asintió sonriendo.

—Aquí nunca han habido revoluciones internas. Comprenderás así que mi mandato es sumamente fácil de ejercer.

Los dos jóvenes se hallaban acomodados en una de las azoteas más altas del palacio. Había anochecido una hora antes. No se notaba el menor soplo de brisa y las estrellas brillaban rojizas en el firmamento.

Guy se acarició la barbilla, gesto característico en él cuando se entregaba a las reflexiones. Su barba había desaparecido después de laboriosos esfuerzos probando toda clase de objetos cortantes.

—Me gustaría echar un vistazo a la Tierra —dijo alzando su mirada para encontrarse con la de ella,

—La añoras ¿no es cierto?—una sombra de tristeza pasó por el hermoso rostro de Nyra.

—A ratos la echo de menos. Entonces me acuerdo de los paisajes familiares y también de los amigos...

—Y de tu prometida Patricia—agregó la joven con acento pensativo.

—¿Cómo sabes su nombre ?—inquirió Guy perplejo.

—Olvidas que a tu llegada te sometimos a un examen psíquico por medio del microalma. En los resultados consta hasta el número de veces que besaste a Patricia.

Guy sintióse bajo los efectos del rubor. Se agitó inquieto en el asiento.

—¿Fue preciso tal examen?—preguntó.

—Naturalmente. Necesitábamos saber todo lo concerniente a ti. En general, los resultados fueron bastante satisfactorios. Eres un buen chico, como se suele decir en la Tierra; aunque me figuro que a Patricia no le hubiera hecho mucha gracia saber que también besaste a otras muchachas.

El tono de forzada broma con que Nyra pronunció esta última frase intrigó a Sourza. ¿Acaso se sentiría celosa?

En aquel momento, Guy experimentó un imperioso deseo de confesarle que no sentía la menor añoranza hacia las mujeres terrestres. Temeroso de delatar sus sentimientos hacia ella, optó por no decir nada en ese sentido.

Hubo unos instantes de silencio por parte de ambos.

—¿Te gustaría contemplar la Tierra desde aquí?—preguntó Nyra rompiendo la pausa.

Guy alzó las cejas.

—Más que nada en el mundo—replicó impulsivamente—. ¿Podría ser?

Nyra se levantó.

—Aguarda un momento.

Se alejó en dirección a la rampa que descendía hacia el interior del palacio. Guy contempló fascinado la alta y esbelta silueta de la joven. Su andar tenía, una exquisita cadencia, un armónico y leve balanceo, que le hizo recordar las princesas de las narraciones fantásticas leídas en su juventud.

Nyra regresó al cabo de unos instantes portando una extraña caja azul del tamaño de una pitillera.

Al sentarse junto a él, la Reina de Neyers le explicó los pormenores del instrumento.

—En realidad es lo que vosotros denominaríais un telescopio—declaró—; sólo que un poco más perfeccionado. Este es el detector de imágenes. Basta seleccionar la onda radiomagnética que coincida con el punto visual deseado para que aparezcan aquéllas.

Guy tomó cuidadosamente el maravilloso aparato.

—¿Cómo se seleccionan las ondas?—preguntó.

—Para saberlo hacer es preciso haber asimilado un cursillo de radiometría elemental.

—¿Quieres hacerlo tú ?—Guy devolvió a Nyra el instrumento.

La Reina de Neyers hizo girar un dial circular en dos direcciones contrarias. Un suave zumbido le indicó la posición exacta. Después oprimió el dispositivo detector de imágenes. En una de las caras de la caja apareció un rectángulo luminoso.

—Esta es la Tierra vista desde una distancia de doscientas mil millas—explicó Nyra—. La atmósfera impide precisar las manchas que corresponden a los continentes.

Sourza contempló admirativamente la diminuta esfera blanquinosa que ocupaba el centro de la pantalla. A su mente acudió el recuerdo de aquel mediodía en que el doctor Smuts le reprochara su acción de fumar un cigarrillo.

—Hace casi medio mes que salí de allí—murmuró—. ¡Cuántas cosas habrán sucedido desde entonces!

—¿Dónde vive Patricia?

A Sourza le dio un vuelco el corazón al oír la pregunta. Su mirada quedó prendida de los burlones ojos de Nyra.

—No... no deseo verla, si es eso lo que quieres decir—contestó vacilante.

Ella sonrió.

—En el número 43 de la Avenida de Lexington Square—dijo con marcada ironía—. Sácame del error si estoy equivocada.

—¿Lo... lo sabes también?—tartamudeó él.

—Recuerda el examen psíquico. Ahora déjame que calcule la hora que será en Nueva York... A ver, siete de Zheus por el coeficiente básico del meridiano 1-X-K... Eso es, exactamente las seis y cuarenta y ocho minutos de la tarde.

Ante el asombro, cada vez mayor de Sourza, Nyra seleccionó la imagen deseada. Cuando ésta húbose reflejado en la pantalla ofreció el instrumento al huésped terreno.

—¿Reconoces esta calle?—le preguntó sonriente.

—Avenida de Lexington Square... En este edificio vive Patricia, precisamente aquí, en la planta dieciséis. Las luces de la casa están encendidas.

—Entraremos—resolvió Nyra—. Esto no es decente en moral terrestre pero lo consideraremos una excepción. ¿Estás nervioso, Guy?

El aviador sujetó la mano de ella para impedir que accionara los mandos del radiovisor.

—¡No lo hagas!—demandó con imperioso acento—. Prefiero no ver nada.

El semblante de Nyra acusó la sorpresa. Algo parecido a un leve ramalazo de enojo brilló en sus leonados ojos.

—¿Es una orden?—inquirió con suave acento.

Inconscientemente, Sourza afirmó con la cabeza.

—No quiero ver a Patricia. Me resultaría doloroso...

—Olvidé decirte algo muy importante—dijo Nyra mostrando altivez por vez primera—; soy la Reina de Neyers y mis deseos no han dejado nunca de cumplirse. Mi soberanía se extiende también sobre ti, lo cual significa que en lo sucesivo te abstendrás de contradecirme. ¿Has entendido lo que quiero decir?

Las facciones de Sourza se atirantaron; la revelación de aquella faceta del carácter de Nyra le causó un malestar indefinible. Experimentó una sensación humillante, como si de repente una mano invisible le hubiera arrebatado toda idea de libertad.

—Sí, te he entendido—contestó fríamente—; creo que, de ahora en adelante, te entenderé siempre.

Se suavizó la expresión de ella. Con un gesto de coquetería se recogió hacia atrás la dorada cascada de sus cabellos.

—Esperémoslo que sea en todos los sentidos. Me habría desagradado introducir ciertas modificaciones en tu ente anímico. ¿No sabes que podría convertirte en un esclavo con sólo que la idea me pasara por la cabeza?

—Es posible—sonrió sardónico Sourza—. Pero un esclavo sin voluntad propia te serviría tanto como un ser irracional, como un gato por ejemplo.

—¿Qué es un gato?

—Recuerda el examen psíquico—parafraseó él.

Nyra hizo memoria.

—Gato es un animal vertebrado de cuatro patas, egoísta, desconfiado y nervioso; carece de la facultad de expresar sus pensamientos y está dotado de una voz ridícula. También tenemos gatos en Neyers—prosiguió Nyra como si recitara una lección—. Pero los nuestros son trífidos y capaces de resolver mentalmente una ecuación de segundo grado. Además, no alcanzo a imaginar lo que pretendes conseguir con tu actitud. Si estás enfadado dímelo sin rodeos; me molesta la arcaica moda de jugar con las palabras.

—Me disgusta que no accedas a un deseo mío completamente lógico y natural—repuso él—. Y me disgusta también el tono que has empleado para decirme que no significo nada en este planeta. No he venido a él guiado por un simple afán turístico.

—Significas mucho en Neyers, posiblemente más que yo todavía. Por otra parle, puedes regresar a la Tierra en cuanto lo desees. ¿Firmas la paz, Guy?

La sonrisa de Nyra estuvo revestida de un hechizo irresistible. Guy sintió desaparecer el rencor que lo embargaba.

—Sinceramente arrepentido, te pido perdón, Reina de Neyers; la paz está firmada.

—Celebro que estemos de acuerdo—declaró Nyra desenfadadamente—. Ahora voy a ver a Patricia. Tengo una enorme curiosidad por ver si su imagen corresponde a la idealización que transmitiste al microalma.

Resignadamente, Guy Sourza se encogió de hombros. En las peculiares condiciones en que so hallaba, resultaba imposible tratar de combatir la terca obstinación de ella.

—En efecto, es hermosa—declaró Nyra mirando atentamente la pequeña pantalla—; sin embargo, tiene el mentón demasiado cuadrado, y el ángulo que forma la cintura con las caderas resulta desproporcionado. Es una lástima que no podamos escuchar su conversación. Su amigo parece escucharla con mucho interés.

Poseído de una febril excitación. Sourza le arrebató el radiovisor.

Como hipnotizado miró la pantalla. No le cupo la menor duda de que aquella joven morena que estaba procediendo nerviosamente a llenar de ropa una maleta era Patricia Nixon. Así como tampoco tuvo ninguna dificultad al identificar al hombre que la estaba hablando con acalorados ademanes.

«De modo que se marcha con Clusell Haspman, su antiguo novio»—pensó Sourza amargado.

Patricia terminó de llenar la maleta y se volvió hacia Clusell. Ambos se besaron dos veces; después él la cogió del brazo y juntos salieron de la habitación.

Nyra cortó la transmisión. En sus hermosos ojos había una luz de malicia.

—Tal vez se hayan casado—dijo sin darle importancia—. ¿Qué otra cosa podía hacer para consolarse de tu muerte?

Sourza no le contestó. Abstraído en complicadas reflexiones caminó lentamente hacia la barandilla de la azotea. En aquel momento un objeto luminoso describió una amplia elipse en el cielo. Sourza siguió con su mirada la trayectoria.

—Es Niss, nuestro pequeño satélite de fuego —dijo Nyra a sus espaldas—. Mi padre aseguraba que le daba suerte el verlo.

Sourza se volvió. Nyra, muy cerca de él, lo envolvía con su hechicera mirada. Algo había en su expresión que le hizo sentirse confuso; una especie de actitud provocativa, un abandono lánguido que podía interpretarse como una invitación.

—Lo siento, Guy—se excusó con humildad—. Te he herido muy hondo ¿verdad?

—Es mejor así—contestó Sourza—. Prefiero saber que nadie me echará de menos allá arriba.

—¿Puedo hacer algo para reparar el daño que te he causado?

Un escalofrío recomo la espina dorsal de Sourza. Tras un instante de vacilación, rodeó con sus brazos la cintura de Nyra y la besó apasionadamente.

—Te quiero. Guy—dijo ella después del lapso emocional—. Quiero casarme contigo. Me enamoré de ti antes de conocerte, cuando descifré tu personalidad por medio del microalma. Supe que eras un hombre fuerte y valeroso, fiel a los principios de la moral cristiana…

—¿Eres cristiana?—inquirió Sourza intrigado.

—También tú me diste a conocer la verdadera religión, la existencia de Dios y el camino a seguir. Tú me has traído a Neyers el mensaje más precioso del Universo vuestro. Por eso te dije que significabas más que yo en este pequeño planeta.

Una dulce emoción se apoderó de Sourza al comprobar que su

aventura había producido el fruto más valioso de todos: la conquista de un alma para la religión verdadera.

—¿De veras te casarías conmigo, Nyra?—la pregunta fue casi una súplica.

—Lo anhelo con todas mis fuerzas—Nyra le sonrió amorosamente —. Iremos a la Tierra y nos casaremos en secreto. Luego... luego haré lo que tú ordenes.

Sourza volvió a besarla.

—Luego volveremos a Neyers para siempre

—declaró sin titubear—. Y tú seguirás siendo la Reina para todos... Para mí también.

Nyra dedicó su atención ahora al radiovisor.

—¿En qué lugar nos casaremos?—preguntó—. Me gustaría contemplarlo.

Sourza reflexionó durante unos instantes.

—Nací y me crié en San Diego, California —dijo—. Podríamos casarnos en la catedral de San Junípero Serra.

—¿Cuál es la situación geográfica?

El aviador le facilitó los datos exactos tomando como referencia la ciudad de Nueva York. Nyra hizo la selección adecuada y pulsó el conmutador que encendía la pantalla.

—Aquí no hay nada—manifestó extrañada—. Has debido darme mal las cifras.

Sourza las repitió cuidadosamente comprobadas. El resultado fue idéntico. La imagen reflejaba un trozo de tierra completamente desolado.

La alarma cruzó por el rostro de Guy.

—Prueba con Los Angeles—instó excitado—. Longitud...

—Espera—interrumpió ella accionando otro de los controles—. Echaremos una mirada a la perspectiva de la ciudad. Una altura de cinco mil metros será suficiente.

En la pantalla, la imagen se fue ampliando progresivamente sin que se precisaran diferencias en los paisajes.

—Qué extraño—murmuró Nyra—. Es la primera vez que me ocurre. Probaremos a quince mil metros.

Esta vez la escena cambió bruscamente para ofrecer el trazado de una irregular costa bañada por el límpido azul del mar. No se veía ni rastro de edificaciones, carreteras o arbolados.

—¡Dios Santo!—exclamó Sourza aterrado por la visión—. ¡Esto era California!

—¿Estás seguro?—Nyra le miró contagiada de la alarma.

—Completamente—Sourza señaló con el dedo distintos puntos del paisaje—. Esta es la bahía de Sebastián Vizcaíno y esta pequeña mancha la isla de Cedros. Aquí estaba San Diego y aquí Tijuana… ¿Qué terrible desastre habrá acontecido? ¡Todo es desierto ahora!

Precipitadamente. Nyra manejó los controles para obtener distintas perspectivas terrestres. Al cabo de un cuarto de hora, los dos jóvenes llegaron a la desoladora conclusión de que Borneo, Trinidad, Jamaica, Detroit y otros importantes núcleos de población habían desaparecido de la faz terrestre. La pavorosa incógnita de lo que había sucedido quedó flotando en el ambiente como un manto de muerte.

—Quizá haya estallado la guerra atómica —dijo Sourza hablando como para consigo mismo—. Si es así, Dios coja confesada a la Humanidad.

—Es absurdo que un planeta se autodestruya —contestó Nyra—. Debe ser otra la causa.

—Durante bastante tiempo se ha hablado en la Tierra de platillos volantes; de visitantes de otros planetas, dicho con más propiedad. Pero tampoco se pudo probar nada sobre el particular…

Nyra le dirigió una mirada escrutadora. Un súbito presentimiento le acababa de asaltar.

—Tharsis tiene espías en Neyers—dijo con un tono que implicaba sospecha—. Puede haberse enterado de que me ofreciste ayuda terrestre para defendernos de sus tentativas de invasión. Y en ese caso estaría claro.

—¿Quieres decir que Tharsis intenta destruir la Tierra?—la incredulidad asomó al rostro de Sourza.

—Lo vamos a ver en seguida.

El radiovisor fue objeto de una nueva manipulación por parte de Nyra. Pocos segundos más tarde, la Reina de Neyers mostró a Sourza la imagen obtenida.

—¡Ahí lo tienes!—exclamó impulsiva—. ¡Tharsis está bombardeando a la Tierra con aerolitos radiactivos! ¡Esa es su arma favorita…! Si no ocurre un milagro, antes de quince días no quedará un ser viviente sobre la superficie terrestre.

Sourza palideció.

—Eso… eso significa que soy el asesino de la Tierra—murmuró sintiendo que se le helaba la sangre en las venas.

CAPITULO VII

LOs siete «niyitas» que componían el Consejo Consultivo del Reino abandonaron la Sala entre gorjeos y murmullos ininteligibles. Sus larguiruchos cuerpos enfundados en azules uniformes fueron saliendo por la estrecha puerta que conducía a sus despachos respectivos.

—Es la primera vez en la historia de Neyers que el Consejo y yo no hemos llegado a un total acuerdo—dijo Nyra con acento pensativo—Tendremos que someter la cuestión al Pensador Automático. El jamás se equivoca.

Sourza meneó negativamente la cabeza.

—Una solución automática quizá no valga para la Tierra—contestó —. El planteamiento del problema es sencillo; y la solución teórica también. Sólo falta convertir la teoría en práctica.

—No poseemos el poder ofensivo necesario para atacar con éxito al planeta Thais. Y si reclamamos ayuda a la Tierra, aquélla llegaría demasiado tarde. Hay que pensar otra cosa.

Sourza reflexionó unos instantes.

—Si Tharsis muriese...—sugirió—. ¿No podría ir yo hasta Thais?

—Tharsis se halla aislado en una fortaleza inexpugnable de la cual no sale nunca. Desde allí gobierna el planeta.

—Más valdría haberme estrellado en el Stratotanker. Es increíble ver cómo por un capricho de la voluntad sucumbe la Humanidad entera.

—No te atormentes inútilmente—Nyra le sonrió con dulzura—. Todo lo que ocurre se debe a la voluntad de Dios. Tú no eres sino su instrumento.

Sourza reprimió un bostezo de sueño. Sentíase fatigado mental y físicamente. En aquel momento no le habría importado dormirse para no despertar jamás. Albergaba el profundo convencimiento de que no podría resistir por mucho tiempo el peso de los remordimientos, de que se volvería loco si no se arrancaba de la mente la idea de culpabilidad. A cada instante le parecía sentir sobre sí las miradas de tantos y tantos millones de terrestres aniquilados por los aerolitos radiactivos de Tharsis. Todas las miradas lo acusaban, decíanle: «¡Tú nos has matado, Guy; tú has sembrado la destrucción y la ruina en la

Tierra!»

Se estremeció involuntariamente. Nyra captó la crisis espiritual del joven aviador.

—No te atormentes, Guy—repitió con acento persuasivo—. Vete a descansar. Mañana te sentirás mejor.

Sourza se puso en pie. Su vista fue atraída por el pequeño satélite verde que cruzó en aquel instante por encima del techo transparente de la Sala de Consejo.

—Niss nos dará la suerte—dijo Nyra tratando de aparentar jovialidad—. Mi padre solía decir... ¡Un momento! Creo que tengo la solución. Siéntate otra vez; no me explico cómo no se me ha ocurrido antes.

Sourza obedeció intrigado. Contempló en silencio la actitud meditativa de la bellísima muchacha. No tenía la menor idea de lo que ella podría estar pensando pero, sin embargo, se dejó llevar por la fe alentadora que le inspiraba.

Nyra alzó la mirada buscando la de él.

—Tenemos en Neyers un corrector antigravitatorio de trayectorias —declaró—. Cada cien años se utiliza para corregir las desviaciones orbitales del planeta a fin de conservar el equilibrio adecuado de temperaturas. Llevando el corrector hasta el satélite Niss podríamos impulsar a éste en dirección al planeta Thais. El choque entre los dos astros los reduciría a polvo cósmico. Y todo ello sería posible llevarlo a cabo en el término de veinticuatro horas.

Una alegría sin límites invadió a Sourza. Instantáneamente le desapareció el sueño.

—¿Es muy grande el corrector?—preguntó.

—Su peso en equivalencia terrestre es de seis kilogramos. Uno solo de los «niyitas» puede transportarlo a Niss. La tarea es sumamente fácil de realizar y no existe defensa contra los efectos que desencadene. Lo único sensible es que el «niyita» tendrá que morir irremisiblemente. Me duele tanto el sacrificio que quisiera ir yo...

—No tienes que preocuparte por la elección. Es la mejor ocasión que podría presentárseme para saldar la deuda que tengo con la Tierra. Yo haré el trabajo, Nyra.

Las pupilas de Nyra despidieron un fulgor extraordinario.

—¡No!—se opuso impulsivamente—. ¡Tú no irás a Niss! No consentiré que mueras estúpidamente cuando cualquiera de mis súbditos aceptaría con orgullo la orden. Es inútil que insistas, Guy.

Sourza esbozó una sonrisa burlona.

—¿Sabes lo que es el suicidio?—preguntó.

Un tanto desconcertada, Nyra asintió.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente que si no me concedes esa oportunidad me quitaré la vida. Puedes escoger libremente.

Las lágrimas estuvieron a punto de brotar de los ojos de la Reina de Neyers.

—¡Te lo suplico, Guy! No hay salvación en Niss; es un satélite de fuego y morirías un minuto después de llegar a él. No seas cruel conmigo, piensa que ya no podría vivir sin ti. ¡Te quiero con toda mi alma, Guy!

Sourza experimentó una dulzura, inefable al sentir la caricia de sus manos en su rostro. No pudo resistir la tentación de besarla. Notó en sus labios la tibia humedad de las lágrimas de Nyra.

—No querrás que la desgracia me acompañe toda la vida ¿verdad? —imploró ella sumisa.

Haciendo un terrible esfuerzo de voluntad, Sourza negó con un movimiento de cabeza.

—Iré—su acento no dejó lugar a dudas.

Nyra se secó las lágrimas. De su faz desapareció toda expresión.

—Está bien—dijo levantándose—. Ordenaré que preparen el corrector. Mañana te será aplicado el método de asimilación mental a fin de que conozcas la técnica antigravitatoria y el funcionamiento del equipo de vuelo. Buenas noches, Guy.

Aquella noche, Guy Sourza tardó en conciliar el sueño. Los pensamientos y las ideas más contradictorias desfilaban por su cerebro en alucinante procesión. De un lado, no le importaba morir en pro de la causa terrestre; de otro, dolíase de tener que abandonar la felicidad hallada en Neyers. Era la suya una lucha del cerebro contra el corazón; la victoria en uno u otro sentido llevaba aparejada también la derrota.

El desenlace de una terrible pesadilla le despertó sobresaltado. Incorporándose sobre el mullido lecho observó algo extraño en la habitación.

Hubiera jurado que apagó todos los candelabros al acostarse. Y que cerró herméticamente la puerta y ventanas del pabellón…

¡Sin embargo, ahora los candelabros aparecían encendidos!

Dominado por la expresión, Guy dejó vagar la mirada en torno suyo. Todos los objetos que componían el extraño mobiliario «niyita» conservaban su orden primitivo. Ningún ruido ni rumor perturbaban el silencio. Sólo los candelabros ardiendo denotaban que alguien había entrado en el aposento.

Al efectuar otro repaso mental del conjunto que le rodeaba, Sourza sintió que se le erizaba el cabello. Un pánico sobrenatural se apoderó

de él.

Acababa de ver sobre la repisa en que dejara sus objetos personales una esfera dorada del tamaño de un balón. No reposaba sobre un punto fijo, sino que flotaba a menos de un palmo de la repisa. Pero lo más extraordinario de todo, lo que resaltaba de un modo aterrador era el enorme ojo amarillo que sobresalía de una abertura de la esfera.

Aquel ojo miraba a Sourza como si quisiera hipnotizarle. La negra pupila tenía tal sensación de vida que parecía estar dotada de atributos humanos.

Por medio de un inexplicable influjo telepático, Sourza supo que la esfera lo estaba vigilando; e imaginó que por algún misterioso medio había encendido los candelabros.

Paulatinamente se fue serenando; fue adquiriendo conciencia de lo que debía hacer. Sin dejar de mirar la esfera se puso en pie. Disimuladamente alargó la mano izquierda para asir el único taburete metálico que había en el aposento.

Simultáneamente los cuatro candelabros cayeron al suelo con estrépito. Las llamas, dotadas de una movilidad extraordinaria, se esparcieron en todas las direcciones, subiendo, bajando, retorciéndose en vertiginosas espirales.

Fascinado, Guy contempló cómo aquel fuego verde prendía de todos los objetos, de la cama y de las paredes; cómo se agitaba en torno suyo adquiriendo unas proporciones gigantescas.

El humo ocultó la visión de la esfera. Guy sintió crepitar las llamas debajo de sus pies. El suelo amenazaba hundirse y las paredes comenzaban a desmoronarse.

No tenía posibilidad de escalar. Se hallaba en el centro de una inmensa hoguera, desde donde no se percibía ningún resquicio por donde huir

De pronto cayó en la cuenta de un extraño fenómeno. Las ropas y zapatos que llevaba puestos parecían inatacables por el fuego; no se había chamuscado lo más mínimo. Por el contrario, su cara y sus manos acusaban la abrasadora caricia de las llamas.

Rápidamente se despojó de la guerrera de aviador y se la colocó sobre la cabeza y los hombros. Igualmente aisló sus manos del fuego.

Aliviado, notó desaparecer e1 calor. Comenzó a andar a ciegas, poniendo cuidado en no tropezar con los montones de escombros. Al no hallar obstáculos en su marcha imaginó que el pabellón entero había quedado reducido a pavesas.

Durante varios minutos corrió en una misma dirección. Y, cuando menos lo esperaba, un terrible golpe en la cabeza lo dejo sin sentido.

CAPITULO VIII

—Tu cabeza se encontró con un árbol cuando corrías—explicó Nyra a Sourza—. No es que hayas tenido mucha suerte, pero es lo menos que te ha podido ocurrir. ¿Te sientes mal ahora?

Sourza se tocó la frente con la mano. Tenía una suave rugosidad en sentido oblicuo pero no le producía ningún dolor.

—¿He estado mucho tiempo sin conocimiento ?—preguntó.

—Dieciocho horas; las suficientes para que el cirujano reconstruyera la parte quebrada del frontal y los tejidos se cauterizaran por completo. Posiblemente en la Tierra no habrías sobrevivido. Estamos impacientes por saber lo que te aconteció.

Sourza hizo un relato detallado de la odisea. Luego mostró su curiosidad por conocer la suerte del pabellón.

—Ardió por entero en brevísimos instantes—declaró Nyra—. La esfera dorada era uno de los agentes secretos enviados a Neyers por Tharsis...

—¿Agente secreto esa bola de metal?—la incredulidad asomó al rostro de Sourza.

—Son cerebros vivos trasplantados a un transmisor de órdenes. Sus desplazamientos por el espacio obedecen a los impulsos electromagnéticos de un generador manejado por Tharsis. Por electromagnetismo fueron derribados los candelabros y esparcido el fuego de los mismos. En realidad, sufriste un atentado del que parece imposible hayas salido ileso.

—¿Tan peligroso para sus fines me considera Tharsis?

—Seguramente ya está al tanto de nuestro plan de ataque y quiere evitarlo quitándote de en medio.

—Pero si me hubiese eliminado, otro habría sido el encargado de llevar a cabo la misión —objetó Sourza no muy convencido—. No creo que disponga de suficientes agentes para asesinar a todos los «niyitas» que se seleccionen para llevar el corrector al satélite Niss.

Nyra desvió la mirada y se sonrojó ligeramente.

—Puede haber otra causa—dijo con visible embarazo. Sourza enarcó las cejas.

—¿Cuál?

—Tharsis pretendía casarse conmigo—contestó ella—. Quizá esté

celoso.

Se sucedió un largo silencio entre los dos. Se hallaban en un extremo del jardín que rodeaba e1 palacio. Las primeras sombras del anochecer comenzaban a infiltrarse por la exuberante y negra vegetación. Algunos pájaros de raros plumajes saltaban ocasionalmente de rama en rama dejando oír sus todavía más raros cánticos. Para Guy Sourza, no acostumbrado aún a las características del planeta, aquel espectáculo constituía una fuente continua de sorpresas. No podía evitar sobresaltarse cada vez que divisaba en las alturas el raudo vuelo de los «niyitas»; por asociación de ideas, siempre recordaba a los vampiros de las leyendas terrestres.

Precisamente ahora, su atención fue absorbida por una de los «niyitas» que descendía en espiral sobre ellos. Tras posarse graciosamente en el suelo a una distancia de unos diez metros se aproximó con aquel su andar ligero y saltarín.

—Es Noyan, calculador del Observatorio Astral—informó Nyra con un casi imperceptible acento de alarma—. Algo ha ocurrido…

Efectivamente. Noyan empezó a hablar precipitadamente dirigiéndose a la Reina. Pese a ser el suyo un cloqueo ininteligible para Sourza, éste comprendió que se trataba de un asunto trascendental.

Nyra contestó en la misma jerga acompañando cada frase con un ademán rápido y elocuente. El «niyita» reemprendió el vuelo en dirección al palacio.

Nyra se puso en pie. La ansiedad se reflejaba en sus facciones.

—¡Tharsis acaba de enviar hacia aquí una escuadrilla de diez astronaves!—exclamó—. Llegarán dentro de tres horas aproximadamente. Sin duda tratarán de arrasar el lugar donde está enclavado el corrector de trayectorias.

—¡Tres horas!—a Sourza se le cayó el alma a los pies—. Mi misión debería realizarse al amanecer… ¿No hay posibilidad de acelerar los trabajos?

—Esa es la orden que he dado—contestó Nyra—; pero seguramente no habrá tiempo. Tu cerebro tiene que ser sometido a una «asimilación técnica». ¿Por qué no desistes, Guy? Vivamos juntos los últimos momentos de nuestras existencias… ¡Te lo pido por lo que más quieras!

—Me sorprendes, Nyra—dijo Sourza seriamente—; tú, que has alcanzado la perfección espiritual y el conocimiento de las almas ajenas, ¿cómo puedes pensar en una felicidad basada en el egoísmo? ¿Es que no comprendes que sobre mí pesa una carga insostenible? Serías la primera en despreciarme si yo renunciara al honor de vengar a los millones de seres vilmente asesinados por Tharsis.

—Hasta ahora no conocí el egoísmo, ese pecado horrible que convierte a los hombres en fieras. Me siento avergonzada, Guy; no volveremos a discutir sobre el asunto. ¿Vienes conmigo al palacio? No podemos demorar más los preparativos.

—Espera un momento, Nyra—Guy la retuvo por el brazo—. Dices que la flota de Tharsis atacará el sitio donde se halla el corrector de trayectorias.

—Si—contestó ella perpleja—. A su sistema de espionaje no escapa nada de lo que ocurre en el Cinturón.

—Cambiemos de lugar el corrector—sugirió Sourza esperanzado.

Nyra hizo un gesto negativo.

—Ello no nos conducirá a nada—replicó—. Tharsis se enteraría igualmente. La única posibilidad de éxito estriba en salir de Neyers antes de que la escuadrilla de astronaves logre arribar a su destino.

—Sea, pues—resolvió Guy.

* * *

Al despertar de su letargo, Guy Sourza tenía pleno conocimiento de la Ciencia de la Navegación Astral. Durante los veinte minutos que transcurrieron según su cronómetro, su mente había almacenado todos los datos concernientes a la reversibilidad del tiempo y las distancias, al aprovechamiento de la energía derivada de las atracciones moleculares, y al manejo de las naves interplanetarias. Del mismo modo aprendió también el funcionamiento de las armas «niyitas» y del corrector de trayectorias. En suma, se había convertido en un experto navegante de Neyers.

Esto hizo que no demostrara la menor sorpresa al distinguir cerca de él, reposando en el centro de una vastísima sala, una especie de proyectil formado por dos tubos aerodinámicos unidos por un delgado puente transparente en el que se podía ver la cabina de conducción.

Alrededor de la astronave pululaban numerosos «niyitas» atareados en la puesta a punto de la misma. Uno de ellos, sin duda el jefe técnico, aleccionaba al equipo por medio de rápidos parloteos que iba distribuyendo entre todos los componentes.

Sourza se incorporó en la camilla rodante para observar mejor la escena. Su mirada buscó ansiosa a Nyra.

Como si hubiese sido una orden mental, la joven Reina de Neyers apareció por un extremo deja sala. Detrás suyo iban dos «niyitas» con uniforme negro portando una especie de angarillas sobre la que reposaba una caja alargada, provista de infinidad de teclas y resortes. El corrector de trayectorias, se dijo Sourza viendo cómo lo introducían en la cabina de la astronave.

Nyra vino a su encuentro. Iba ataviada con una sencilla túnica celeste y, por vez primera, observó Sourza que no llevaba brazaletes ni pulseras.

Sin demostrar embarazo por la presencia de sus súbditos, Nyra apoyó sus manos sobre los hombros de él y lo besó. Tenía la mirada húmeda y su expresión revelaba el dolor producido por la inminente separación.

—Soy feliz a pesar de todo y me siento orgullosa de haberte conocido—díjole mirándole intensamente—. Voy a decirte algo que te alegrará: Tharsis ha dejado de enviar aerolitos a la Tierra. Seguramente está concentrando todos sus efectivos para emplearlos contra nosotros.

—¿Se han avistado ya sus nave»?—preguntó Sourza impaciente.

—Llegarán dentro de diez minutos.

Sourza consultó instintivamente su reloj. Uno de los «niyitas» se acercó portando un cinturón provisto de un «impulsor antigravitatorio». Sus simpáticas facciones parecieron sonreírle admirativamente al entregárselo.

—Úsalo si te ves obligado a abandonar la nave antes de llegar a Niss—aconsejó Nyra—. Con él podrías desplazarte hasta la Tierra en un viaje de once días... si no prefieres regresar aquí—añadió esbozando una sonrisa en la que la súplica y la coquetería se mezclaban.

Sourza se ajustó el cinturón por encima de su uniforme terrestre. Después sacó un cigarrillo que encendió nerviosamente. Al llevárselo a los labios experimentó la misma sensación de angustia que cuando, semanas atrás, se hallaba a punto de subir al Stratotanker.

Acompañado de Nyra recorrió la distancia que lo separaba de la astronave. La Reina de Neyers abrió la escotilla que daba paso a la carlinga.

Antes de despedirse, Sourza dio un vistazo al interior. Una alegría sin límites le invadió al ver, junto al tablero de controles, dos objetos tan queridos e imprescindibles en su carrera de aviador como lo eran la escafandra climática y el equipo radiotransmisor «Vox-Tails.»

—Ordené que los sacaran del lago y los arreglaran—dijo Nyra satisfecha al ver el gozo indescriptible del hombre amado—. Te servirán de amuletos. ¿Es así como se dice en la Tierra ?

Incapaz de dominar los impulsos de su corazón, Sourza la estrechó entre sus brazos y la besó febrilmente. Le pareció sentir como si su alma se rebelara contra él mismo, negándose a partir hacia el infinito. Aferrándose a los últimos restos de voluntad que aún pudo controlar, Sourza separó sus labios de la boca de ella.

—Adiós—murmuró con voz casi inaudible.

—Adiós—contestó Nyra crispando el rostro para evitar el llanto.

Sourza se introdujo en la cabina y la cerró herméticamente. Al mirar hacia arriba vio cómo la cúpula se plegaba hacia los lados dejando el hueco preciso que permitiera el paso de la astronave.

Tras dejar abierta la llave del flujo magnético generador de la gravedad artificial, corrigió, por medio de una palanca, el ángulo que formaba la astronave con el suelo, al objeto de que aquella apuntara directamente al espacio libre de la cúpula.

Con un ademán se despidió de Nyra y los «niyitas» agrupados en tomo suyo.

Lo demás fue igualmente sencillo. Los conceptos de la navegación estelar no ofrecían ya duda alguna a Sourza. Este sabía todas y cada una de las fases que presentaban los viajes. Al despegar en propulsión motriz y en aceleración gradual, el piloto no se siente ni molesto ni extrañado. La fuerza motriz lo empuja todo: la astronave, el piloto, sus vestidos, su corazón, sus pulmones. Queda sumido en una gravedad cada vez más débil pero que le permite mantenerse erguido, sentado o acostado.

Al llegar a una altura de diez «raps» medida «niyita» equivalente a 1.103,50 millas terrestres, Sourza se sirvió de la técnica del «vuelo inerte», consistente en el aprovechamiento de las distintas atracciones y repulsiones originadas por los dieciocho planetas y tres soles que integraban el Cinturón.

Pronto se halló en disposición de corregir el rumbo para dirigirse directamente al satélite Niss. Cómodamente apoltronado en el asiento, sin preocuparse del vuelo, ya que éste era controlado por el cerebro automático, encendió simultáneamente las tres pantallas televisoras.

Una de ellas, la de «imagen remota», le mostró un panorama ya conocido: el círculo formado por los dieciocho planetas; su evolución aparecía imprecisa, como si permanecieran inmóviles en el espacio. La segunda pantalla reveló al satélite Niss y su gran estela de fuego verde Y la tercera...

Lo que vio en la tercera pantalla hizo que la sangre se le helara en las venas.

Diez fulgurantes discos plateados cruzaban vertiginosamente el cielo persiguiendo a corta distancia a un puntito gris casi inapreciable.

¡Aquel puntito gris era su propia astronave!

CAPITULO IX

Interrumpió la transmisión de imágenes y se levantó del asiento. A grandes zancadas atravesó el pasillo que conducía a la popa para situarse en el mirador opuesto. Su nerviosismo creció de punto al distinguir los diez discos plateados a una distancia tan cerca que casi parecían rozar el fuselaje de su astronave.

No sentía el temor lógico y racional que ocasiona la inminencia de una muerte segura; su nerviosismo y desesperación eran originados por el inevitable fracaso de su misión. Si aquellas diez astronaves de Tharsis destruían la suya significaría la aniquilación de Neyers y de la Tierra. En medio de su embarullamiento mental, Sourza pudo llegar a la conclusión de que jamás ningún ser viviente llevó sobre sí tan enorme responsabilidad.

Regresó a su puesto de mando. Después de desconectar el control automático se hizo cargo del mecanismo de vuelo. Sin dudarlo un instante pasó de la aceleración gradual a la aceleración geométrica con «reversibilidad del tiempo». Luego encendió la pantalla televisora.

El desaliento se apoderó de él. Las diez astronaves de Tharsis, habiendo imitado la maniobra, seguían pegadas a su popa.

Idéntico resultado obtuvo al desviar el vuelo en «caída vertical», teniendo que darse por vencido en su intento de zafarse de la persecución.

A fin de que la enorme velocidad de la astronave no condujera a ésta fuera de los límites del Cinturón, Sourza volvió a imprimirle la aceleración gradual, desviando nuevamente el rumbo hacia la elipse del satélite Niss. Mientras no se produjese el ataque podía conservar una esperanza entre mil de arribar a su destino.

Pero el ataque se produjo de una forma imprevista y desconcertante. Diez finos haces de luz surgieron paralelamente a la astronave prolongándose hasta el infinito y formando una curva ascendente. A la perpleja mirada de Sourza aquellos ramales luminosos adquirieron una notable semejanza con el conjunto de raíles de una estación ferroviaria. Lo rodeaban por arriba, por abajo y por ambos lados como si fuera un túnel luminoso.

Por un instante le asaltó la tentación de romper la barrera de rayos para escapar a lo que podía ser el primer ataque de sus enemigos; pero un sombrío presentimiento le hizo abandonar la idea. Tal vez, el peligro estribara precisamente en franquear la impalpable red.

Para salir de dudas accionó el disparador de uno dé los lanzacohetes de popa. Atento al visor correspondiente observó la salida del proyectil nuclear. Este se deslizó humeante entre dos de los haces luminosos y al cabo de unos segundos se confundió con el más cercano. El roce bastó para convertirlo en una gigantesca llamarada.

Sourza se estremeció persuadido del terrible poder destructivo de aquellas armas desconocidas. No le quedaba otro remedio que conducir su astronave a través de la ruta trazada por la flota enemiga. Y esto equivalía a ser capturado sin remisión en algún lugar del Cinturón; lugar que muy bien podía ser el planeta Thais.

Su mirada se clavó en el corrector de trayectorias. Un trasto inservible, dijo para sus adentros. Pensó entre la conveniencia de destruirlo o conservarlo hasta el final. En un principio se inclinó por la primera perspectiva. Todo daba a entender que si sus enemigos pretendían capturarle, el verdadero objetivo no podía ser otro que hacer suyo el corrector de trayectorias, único ingenio de esta índole existente en el Cinturón, para, una vez en poder de Tharsis, emplearlo éste del mismo modo que la Reina de Neyers.

Pero Sourza pensó también que destruyendo el formidable mecanismo creado por la menta del padre de Nyra desaparecería toda posibilidad de éxito.

Resignado a su fatal destino. Sourza mantuvo a la astronave dentro de la ruta trazada por el adversario.

* * *

Con el rostro erguido y componiendo una forzada expresión de altivez, Guy Sourza pasó por entre dos filas de imponentes «robots» metálicos hasta llegar a la entrada de una edificación formada por altísimos muros de basalto amarillo. Una tupida red de vegetación blanca cubría las extensas paredes hasta la circular azotea.

Siempre escoltado por los «robots». Sourza penetró en el edificio. Sus botas de aviador resonaron fuertemente a los sucesivos contactos con el cristalino suelo.

Después de atravesar varias cámaras, para Sourza dedicadas a incomprensibles fines, llegó, por fin, a una en la que se halló de pronto ante el mismo Tharsis, Rey de Thais.

La puerta se cerró silenciosamente a sus espaldas. Dos «robots» se le adelantaron entonces, situándose en extremos opuestos del

aposento. En las respectivas aberturas del casco relucía siniestramente el único ojo que poseían. Sourza no apreció diferencia alguna entre los de los «robots» y el de la esfera dorada que atentara contra su vida. En todos había la misma expresión implacable y vigilante.

El contrahecho cuerpo de Tharsis avanzó un paso hacia Sourza. Sus negros ojos brillaban como ascuas debajo del revoltijo de cabellos y cejas. Más que verse se adivinaba la feroz sonrisa del tirano.

Sourza sostuvo impávido la mirada de triunfo de Tharsis. Un fatalismo ciego se había apoderado de él, siéndole ya igual todo lo que le ocurriera. Ni siquiera le quedaba el consuelo de poseer un arma con la que intentar vender cara su vida.

—Hace cinco mil cuatrocientos años que no he visto un hombre—dijo Tharsis en un inglés dificultoso—. Hasta que no llegaste a Neyers no supe que seguían existiendo. Hoy he aprendido vuestro idioma para poder decirte que eres un necio, y que necia es tu vanidad de querer triunfar sobre mí. Ahora estás aquí, vencido y humillado, renegando de haber nacido y deseando morir. Para eso te he traído, terrestre; para gozarme de la victoria viendo cómo te arrastras a mis pies suplicando conmiseración. No habrías pagado un precio justo muriendo fácilmente; necesito que tus dientes rechinen de rabia y dolor, quiero que renuncies a tu fe cristiana, que maldigas a tus semejantes y que abomines de Nyra, tu amada Nyra, Reina de Neyers; quiero ver cómo tú mismo te arrancas los atributos humanos para convertirte en un despojo de sangre y huesos. Todo eso quiero de ti, Guy Sourza. Mi inglés no es tan perfecto como el tuyo, pero creo que no habrás hallado dificultad para comprenderme. Por supuesto, espero que digas algo... ¿Prefieres callarte?

Sin inmutarse. Sourza sonrió. Aquella serie de insultos y amenazas no hicieron la menor mella en su ánimo. Cuando su Stratotanker rebasó la barrera térmica ya había firmado su pacto con la muerte; el tiempo vivido después debería agradecérselo a la Providencia. Así pues, su situación de ahora no le causaba molestias ni le infundía temor, ya que prácticamente era un muerto viviente. Y su sonrisa no era una burda muestra de fanfarronería sino la real expresión de que aún tenía un triunfo en la mano, de que todavía podía jugar una baza a su favor. Ocurriese lo que ocurriese, Tharsis no se regodearía obteniendo de él toda aquella serie de renuncias. Sourza tenía la absoluta convicción de que en el momento supremo representaría a su raza con toda la dignidad exigible.

—He comprendido perfectamente—dijo con voz serena.

—¡Bien! ¿Y qué?—las facciones de Tharsis se abultaron por la ira. Indudablemente esperaba de su prisionero una reacción sumisa.

—Y nada.

Fulguraron las pupilas de Tharsis.

—¡Algo más querrás decirme!—exclamó—. ¡Quiero que te pongas a temblar ahora mismo! ¡Que supliques, que pidas perdón, que reniegues de tu fe!

La grotesca explosión de cólera, propia de una mente infantil, hizo reír a Sourza.

—Puedo decirte que tu inglés es lo bastante bueno para ser pronunciado por un cerdo—replicó sarcástico—. ¿Habían cerdos en la Atlántida?

Poseído de un furor implacable, Tharsis se dejó llevar por el más primitivo de los impulsos Con todas sus fuerzas descargó un puñetazo sobre el rostro de Sourza, pero éste no tuvo más que apartar ligeramente la cabeza para que el golpe se perdiera en el vacío haciendo perder el equilibrio a Tharsis.

El Rey de Thais quiso repetir el ataque, pero esta vez se le anticipó Guy propinándole un derechazo a la mandíbula que le hizo rodar por el suelo.

Los dos «robots» se pusieron en movimiento. Sus armaduras metálicas rechinaron en el silencio del aposento.

A la vez que se incorporaba, Tharsis gritó algo en un idioma ininteligible. Los «robots» volvieron a sus sitios primitivos.

Sin dejar de mirar a Sourza. Tharsis retrocedió lentamente, con su mano izquierda palpando hacia atrás. Al contacto con el tablero en que se alineaban los dispositivos de control remoto se volvió hacia el mismo. Con pulso tembloroso por la rabia que le invadía, oprimió consecutivamente varios resortes. Después se giró a Sourza.

—En este momento, el corrector de trayectorias, la preciosa arma con que pensabas destruirme, se halla en camino del satélite Niss. Dentro de cinco horas terrestres. Neyers será reducido a polvo. Y tú lo verás—Tharsis mostró una horrible sonrisa—. Después será la Tierra... ¡También lo verás! Pero no como me estás viendo a mí, con los ojos en las cuencas y la boca abierta en ridícula mueca. Mientras tu cuerpo se convierte en una masa putrefacta, tus cinco sentidos seguirán viviendo eternamente, aprisionados en una cárcel sin puertas. ¿Ves esos «robots»? Antes eran dos «hombres-jaguar», fieros y valerosos. Hoy simplemente son la esencia de aquéllos conectada a organismos automáticos. Tú seguirás la misma suerte que ellos...

Involuntariamente, Sourza fijó su mirada en el ojo frío e inexpresivo de cada «robot». A pesar suyo se estremeció. Una idea desesperada acudió a su mente: morir matando, no consentir ser objeto del más diabólico de los experimentos.

Despreciando todos los factores desconocidos que podrían entrar en juego, se lanzó con terrible impulso contra Tharsis. Sus puños

descargaron brutalmente uno y otro impacto en la faz del tirano. Este intentó cubrirse pero la avalancha, de golpes había abierto ya su guardia. Sus gritos y estertores ponían un contrapunto infernal en la escena.

A punto de caer abatido, y sólo habían transcurrido escasos segundos desde que se iniciara el ataque, Sourza lo levantó en vilo arrojándolo en prodigioso esfuerzo contra el tablero de instrumentos. Este crujió y se desmoronó con enorme estrépito arrastrando tras de sí todo el conjunto de bobinados y aparatos que componían los controles remotos. Humo y chispas surgieron del confuso montón, producto de mil cortacircuitos y contactos.

Ensimismado en su obra de destrucción. Sourza se vio cercado de pronto por los dos «robots».

Los cuatro brazos se alzaban amenazadores, prestos a despedazarle con sus enormes, garras metálicas. Un minuto más y todo habría acabado...

Un escalofriante alarido rasgó el silencio del laboratorio. Sourza tuvo el tiempo justo para ver cómo Tharsis se desintegraba bajo la crepitante acción del fuego provocado en su caída.

Luego sobrevino una explosión. Lo último que vio Sourza fue la súbita aparición de un cielo rosado entre paredes derrumbadas y el reflejo de unas armaduras plateadas que se precipitaban contra él.

Seguramente vino después la muerte

.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

En realidad, creo que los hombres sentimos un temor exagerado hacia esa transformación que se llama muerte. Desde que tenemos uso de conciencia vivimos continuamente preocupados por un misterio que jamás ha podido ser desvelado. ¡Qué feliz sería la Humanidad si supiera que detrás de la negra cortina hay un mundo en el que los cinco sentidos vagan a placer por el Universo! Los sueños más difíciles de realizar, las empresas más arriesgadas, podemos ejecutarlos con sólo desearlo. Tanto es así que uno duda de haber muerto...

Posiblemente soy invisible, invisible es el cuaderno en que escribo este mensaje e invisible igualmente es mi pluma estilográfica. Por estas razones creo que pierdo el tiempo al tratar de hacerte llegar, amada Nyra, estas reflexiones. Pero ahora ya no me importa el tiempo; mi reloj se ha parado para siempre, no tengo necesidad de saber qué hora es para comer o para dormir.

Si este mensaje llega material o telepáticamente a algún sitio y si alguien está capacitado para leerlo se sentirá aliviado de las mortales dudas que atenazan su alma. Yo. Guy Sourza, piloto de pruebas de la base californiana de Edwards, hago constar primordialmente que la transición de vivo a difunto no me ha privado de seguir amándote, Nyra. Y también informo que lo que no pude realizar cuando mi cuerpo y alma estaban juntos lo llevé a cabo después con pleno éxito. Y digo de la misma forma que ahora, cuando lance este mensaje al planeta Neyers, me dirigiré a la Tierra en ingrávido vuelo, sin necesidad de usar esta nave «niyita»: volaré con las alas del espíritu hacia mis semejantes, me infiltraré en sus vidas y vagaré eternamente por las regiones más queridas.

Es posible que cuando llegue allí no encuentre más que desolación: si esto fuera así no me preocuparé demasiado. Las almas, libres de las imperfectas envolturas, no necesitan de briosas residencias, de campos

de «rugby», de «boîtes» ni de automóviles descapotables. Te digo esto, Nyra, para que no te atormentes pensando en mi desgracia. Tengo la seguridad de que seré feliz.

Quizá reflexiones que soy un desagradecido no yendo a Neyers. Debo, pues, explicarte las razones que me lo impiden.

Desde la cabina de la astronave, donde estoy escribiendo mi diario, distingo perfectamente la redonda silueta del planeta que tan gentilmente gobiernas. Veo que no ha sido destruido por el satélite Niss, como era la intención del malvado Tharsis; veo sus paisajes y las luces de las poblaciones; creo verte a ti también esperando ansiosa mi regreso. ¿Comprendes por qué no voy a Neyers? El amor que siento hacia ti me haría intolerable la estancia allí. Yo soy un fugaz soplo astral y tú eres una mujer de carne y hueso, la más hermosa de todas las que he conocido. ¿De qué me serviría rondar a tu lado, mirarte y hablarte, si tú no podrías reparar nunca en mi presencia? Hoy, mañana, tal vez dentro de dos siglos, otro hombre llegará a Neyers como lo hice yo, y tú te enamorarás de él, probablemente os casaríais y yo tendría que asistir a la boda disfrazado con los velos de la invisibilidad.

No, Nyra; prefiero volver con los míos y sufrir a solas mi desgracia. Bástete saber que las horas pasadas a tu lado fueron las más felices de mi existencia y que, recordándote, volveré a revivirlas.

Así termino la primera parte de mi mensaje, que realmente debería ser la última. Ahora sigue leyendo con atención, pues voy a explicarte cómo mi espíritu se liberó de las garras de Tharsis y cómo llegó a impedir que se cumplieran sus tenebrosos designios.

Pese a mis conocimientos de la Navegación Universal, me hicieron prisionero con la misma facilidad con que se coge a un ratoncillo. No teniendo más remedio que hacerlo, aterricé en una vasta explanada que rodeaba el palacio de Tharsis. Luego me llevaron a su presencia. Todavía me causa regocijo el infantil discurso que pronunció a mi llegada; habló sin coherencia de venganzas, renunciamientos y atroces suplicios. Como yo no me mostrara amedrentado, puesto que sabía que iba a morir de todas formas, intentó darme un puñetazo. Lo esquivé con facilidad y a mi vez se lo devolví íntegramente. A continuación. Tharsis volvió a referirse a la destrucción de Neyers y de la Tierra, pero yo corté su parlamento enzarzándome en una lucha que terminó con su muerte y el destrozo total de su satánico laboratorio. Los dos «robots» que vigilaban nuestra audiencia intentaron atacarme; sin embargo, una formidable explosión acabó con todo.

Creo que fue entonces cuando sobrevino mi muerte. A partir de ese momento, mis sensaciones cobraron un matiz distinto; no experimentaba sufrimiento ni pánico; las llamas y las descargas

eléctricas tampoco hacían mella en mí.

Poniendo en marcha mi impulsor antigravitatorio, estéril acción, puesto que los espíritus no necesitan ser impulsados por nada, salí de entre los escombros y llegué hasta la astronave. Antes de meterme en ella y hacerla despegar, contemplé con una satisfacción sin límites el formidable desbarajuste que se había organizado alrededor del palacio. Hombres-robots, seres intermedios entre hombres y jaguares, vegetales vivientes, se movían en todas las direcciones en medio de un desconcierto difícil de describir. Supongo que a aquella masa desorganizada le era imposible actuar con independencia del cerebro ordenador de Tharsis. Lo comprendí así y llegué a la esperanzadora conclusión de que, desintegrado el dictador de Thais, la Tierra se hallaba libre de su amenaza. De algo ha servido, pues, mi muerte, pensé gozoso.

Al instalarme en la carlinga de la astronave comprobé la desaparición del corrector de trayectorias, lo que me demostró que Tharsis no había mentido a ese respecto.

Mi rápida ascensión al cielo apenas si causó conmoción entre la tumultuosa aglutinación de seres vivientes que rodeaban a la astronave.

En muy pocos segundos alcancé una altura de mil millas. Allá arriba me sentí seguro y respiré a pleno pulmón, si me es permitida esta metáfora; de algún modo tengo que explicar las sensaciones de mi espíritu.

Entonces volví a pensar en Tharsis. Este profetizó, entre otras cosas, que en el plazo de cinco horas el satélite Niss se precipitaría sobre Neyers, reduciéndolo a polvo cósmico. Desde que lo dijera hasta el momento de mis reflexiones, si reflexiones puede llamarse al flujo de ideas nacidas de un fantasma, habían transcurrido un par de horas; luego faltaban tres para que se cumpliera la profecía. Dado que ignoraba la distancia que me separaba del satélite Niss y la velocidad que el encargado de llevar el corrector de trayectorias podía imprimir a su astronave, resolví hacer uso de la «reversibilidad del tiempo» por medio de la aceleración geométrica. Con este sencillo recurso me adelanté una hora a los acontecimientos. Cuando mi astronave penetró en la órbita por la que debería pasar Niss, halle que éste se había desviado de su trayectoria y avanzaba laudo hacia Neyers. Era evidente, por lo tanto, que el enviado de Tharsis había cumplido su misión.

Es curioso observar cómo un ente inmaterial piensa con más rapidez y claridad que un cerebro encajado en las óseas cavidades de un cráneo. Donde un hombre, en su completa manifestación, habría visto dificultades insuperables, yo no hallé ninguna. La solución al

problema planteado se me presentó con una diafanidad que podría denominarse telepática.

Sin dudarlo conecté el piloto automático con los mandos dispuestos para que la astronave girase en torno a un centro imaginario, reduciendo su velocidad al mínimo. De este modo no se perdería en el infinito y siempre me sería posible regresar a ella en un momento dado.

Luego salí al espacio utilizando mi impulsor antigravitatorio. El satélite Niss se me acercaba a una velocidad endiablada. Era una inmensa bola de fuego verde que parecía ocupar la casi totalidad del cielo. Su resplandor era tal que temí me cegara, pero no perdí la serenidad, porque sabía que un espíritu se halla libre de los peligros ocasionados por causas u objetos materiales.

También es notable observar cómo los efectos de un impulsor antigravitatorio pueden substraerse a las perturbaciones de todo orden originadas por el meteórico paso de una mole de fuego de más de mil millas de diámetro. Es poca mi autoridad en materia científica, pero me atrevería a asegurar sin temor a equivocarme, que el impulsor antigravitatorio es el más maravilloso invento de los hombres. Si ello es una muestra de lo que fue la civilización en la Atlántida, debemos considerar que la pérdida del Continente ha representado para la Humanidad en general un retraso de miles de años, retraso culpable de que yo me halle en esta triste situación. Si la Atlántida subsistiese actualmente, los hombres de la Tierra ejercerían un control absoluto sobre los Universos, no permitiendo que sujetos desaprensivos como Tharsis intenten destruir un planeta por el mero motivo de ver frustrado un antojo enamoradizo

Graduando el dial de forma que la atracción del satélite Niss sobre el impulsor actuara con la orientación que tú me facilitaste, Nyra, me he dejado caer sobre el satélite en el instante que pasaba por debajo de mí.

Ahora es cuando debo confesarte que los espíritus también son afectados por el pánico. Cuando fui absorbido por aquella inconmensurable masa de fuego verde creí enloquecer de terror. Es muy posible que descendiera hasta las mismas entrañas del satélite buscando el corrector de trayectorias. A mi alrededor no veía más que enormes llamas entrecruzándose y revolviéndose unas contra otras en medio de un ensordecedor crepitar. No había ni rastro de seres vivientes, agua o vegetación; no había ni siquiera tierra firme donde apoyarse. De verdad te digo, Nyra, que por un momento pensé si aquello era el infierno donde debería purgar mis pecados. Pero luego pensé también que tal cosa no era posible, ya que no sentía ningún dolor e incluso la caricia del fuego pasaba desapercibida para mí. Me

habría gustado llevar un termómetro capaz de registrar aquellas temperaturas; aunque ahora reflexiono que quizá este fuego verde no produzca calor; de todos modos, yo no lo experimenté, sea por la calidad de mi traje y de mi escafandra aislantes, sea porque los espíritus son refractarios a los cambios de temperatura.

Desde que te conocí y supe cuán adelantada era vuestra civilización, tuve ilimitada fe en todo cuanto se refería a la ciencia; igualmente aprendí que un error de cálculo de una cienmillonésima puede acarrear funestas consecuencias en cualquier experimento un poco arriesgado. Por ello, desde que partí de Neyers procuré tener bien presente los datos exactos asimilados a través del microalma. Para desviar la trayectoria de Niss, no importa en qué sentido, era preciso aplicar el corrector sobre un punto dado de su masa que, si sigo recordándolo, correspondía a la intersección del ángulo 3,22257 con la longitud 198,666 y la latitud 0,55432. En la Tierra este punto se hallaría precisamente a una profundidad de 1.887,76 millas debajo de la isla de Lípari.

Siempre entre llamas, y orientándome fácilmente con la «telebrújula», llegué al lugar exacto. Creo que recé una oración de gracias cuando vi flotar ante mí el corrector de trayectorias.

También dediqué un pensamiento admirativo a Tharsis. ¡Para el maldito reyezuelo no existían secretos en el Cinturón!

Estuve a punto de quitarme los guantes, pero reflexioné que los espíritus, ¡siempre los espíritus!, vamos completamente desnudos y que la gamuza que yo veía alrededor de mis dedos no pasaba de ser una simple ilusión sensorial.

Así, pues, llegué a la última parte de mi trabajo. Con una sencilla manipulación desvié la aguja del corrector en sentido totalmente opuesto. Después escapé de Niss y regresé a la astronave.

Esta es mi historia Nyra. A pesar de haber sido expulsado de la sociedad de los vivos me siento satisfecho por haber podido llevar a cabo la misión que me encomendaste. Jamás volverás a verme y jamás volverás a distinguir el paso fugaz del satélite Niss por vuestro firmamento. A estas horas sólo Dios sabe por qué lugar de los Universos vagará.

Podría poner fin a este mensaje con la convicción de que nada importante te he ocultado, pero quiero que sepas algo más todavía.

Me dirijo a la Tierra. Dentro de poco me hallaré entre mis semejantes. Sin embargo, no temas por los secretos que me confiaste. Esta astronave que tripulo no caerá en manos de nadie; se desintegrará en el roce con la atmósfera terrestre un segundo después de que yo la haya abandonado.

Después descenderé imitando el vuelo de los ángeles. Por si acaso

mi espíritu pesara más de lo que es de suponer, seguiré haciendo uso del impulsor antigravitatorio. Ya veremos cómo me las arreglo para esconderlo de forma que no sea encontrado nunca. O a lo mejor lo expongo a la curiosidad de los hombres para que algún científico se arme un lío con él. Verás que sigo siendo el diablillo burlón que conociste.

Nada más, mi amada Nyra; sólo expresarte una vez más las gracias por los momentos de felicidad que me proporcionaste. Adiós.

Posdata: Perdona que la carta te llegue tan arrugada. He tenido que hacer una bola con ella para poderla introducir en la base del proyectil que ahora mismo disparo en dirección a Neyers. ¡Ojalá la encuentres!

CAPITULO II

Por enésima vez le repito que usted no es un fantasma, Sourza; los fantasmas no se limpian los dientes tres veces al día ni se comen medio kilo de carne en cada comida. Quiero que me comprenda, amigo; que se arranque de la cabeza todas esas ideas absurdas y que se decida a entrar en razón. Si persiste usted en su actitud, sintiéndolo mucho, tendré que enviarle a un sanatorio mental. Escoja entre las dos alternativas.

Guy Sourza miró al doctor Walcott e intentó sonreírle.

—Dígame, doctor: ¿estoy realmente loco o no? Prefiero saber la verdad.

Walcott hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Simplemente padece usted de un desequilibrio nervioso producido por las cuatro semanas de ayuno pasadas en las selvas de Amazonia. Su caso es curioso, sin embargo; debería haber perdido más peso y la concentración de su sangre tendría que estar más disminuida. Pero ello se debe a que, aunque usted no lo recuerde, se habrá alimentado con raíces o reptiles.

Sourza se rascó la cabeza pensativamente. Se hallaban en una de las habitaciones del Hospital Country, en Nueva York. Sólo habían transcurrido un par de días desde que unos indígenas lo hallaron en las proximidades del río Ambo, al sur del cerro de Pasco. Desde entonces hasta el presente no recordaba nada más. Según el doctor Walcott, no había cesado de hablar en su estado semiinconsciente. Frases y palabras absurdas, desde luego; divagaciones en torno a una mujer bellísima, a un planeta desconocido, a un satélite de fuego verde, a «hombres-jaguar» y a unos artefactos antigravitatorios inventados por la civilización de la Atlántida.

—¿Quiere que le explique lo que le ocurrió realmente?—preguntó Walcott tras encender un cigarrillo—. Ya se lo dije ayer, pero no tengo inconveniente en repetírselo. Estas son las ideas que deben quedársele grabadas en el cerebro: reeducación mental, como decimos los médicos.

Sourza asintió.

—Sí; creo que será lo mejor.

Walcott exhaló una gran nube de humo; después se arrellanó en el sillón y cruzó las piernas.

—Hoy hace veintiocho días que usted rebasó la barrera térmica a bordo del Stratotanker KC-113. No sé si recordará que, antes de emprender el vuelo, le llamé la atención por haber infringido el

reglamento fumándose un cigarrillo.

—Lo recuerdo perfectamente.

Una expresión de alivio se reflejó en el rostro del doctor.

—¿Ve como eso ya va mejor? Pues bien, como le decía, rompió usted la barrera térmica en dirección ascendente, otra desobediencia a cargo suyo. Naturalmente, el Stratotanker no pudo resistirlo, o se le acabó el combustible, y usted tuvo que abandonarlo saltando en paracaídas. Lo acontecido después es fácil de deducir. Las quemaduras que señalan su cuerpo fueron ocasionadas por los rayos del sol en su deambular por la selva, A la misma causa achaco yo su desequilibrio nervioso, su absurdo divagar y el cuadro de agotamiento que presenta. No obstante, es lo mejor que le podía haber ocurrido. La cantidad de peligros que usted ha salvado desde que despegó en el Stratotanker convierten su hazaña en algo casi milagroso.

—Es una explicación aceptable—murmuró Sourza—; sin duda debe de ser como usted lo cuenta. Pero entonces, ¿cómo se entiende que yo esté enterado de la destrucción de California y las otras regiones del Globo?

Walcott se encogió ligeramente de hombros.

—Supongo que lo habrá oído comentar entre los pasajeros del avión que le trajo desde Quito. Este es un tema candente y todo el mundo habla de él.

Sourza alzó las cejas.

—¿Se acabó ya el bombardeo de aerolitos? —inquirió con acento de ansiedad.

—Por ahora, sí, gracias a Dios.

—¿Qué dicen a este respecto los hombres de ciencia?

—La hipótesis más aceptada se funda en el paso por la órbita terrestre de una nube de aerolitos de gran tamaño procedentes de la fragmentación de un planetoide radiactivo. Al principio, la opinión pública creyó que se trataba del ataque a la Tierra llevado a cabo por el planeta Marte. Una enorme estupidez, como usted podrá apreciar.

Sourza sonrió.

—Sí, claro. Esas sospechas son estúpidas… hasta el día que ocurra. ¿Cuándo me darán de alta?

—Si todo marcha bien, dentro de una semana.

—¿Podré volver a pilotar aviones?

—Por lo que se refiere a su estado de salud, ningún médico podrá impedírselo. Y en cuanto a las fábricas de aviones, tampoco tiene que preocuparse. El «record» que usted batió hace veintiocho días le califica como un aviador fuera de serie. Las casas se disputarán el honor de contratarle. Ahora bien; supongo que no volverá a

desobedecer nunca más las instrucciones: los milagros no se repiten.

—Puede estar seguro de ello; le garantizo que, de ahora en adelante, las órdenes serán sagradas para mí.

Walcott se puso en pie.

—Celebraré que así sea. Le dejo, Sourza; mañana volveré a visitarle. Piense en cosas alegres mientras tanto y prepárese para su reingreso en la sociedad. El caso de usted es casi una resucitación.

Sourza sonrió irónico.

—Nunca ha dicho usted una verdad tan grande—contestó.

El doctor le dio una palmada amistosa en la espalda y salió de la habitación.

* * *

Cuando salió del Hospital Country, ocho días después, Sourza sólo llevaba una idea fija en su mente: saber la verdad, comprobar si realmente estuvo perdido cuatro semanas en las selvas de Amazonias o, por el contrario, los recuerdos que conservaba correspondían a hechos auténticos.

Había un medio de saberlo: su prometida Patricia.

Descendió de un taxi frente al número 43 de la Avenida de Lexington Square. El conserje lo saludó con visible embarazo.

—Ya no vive aquí—contestó a la pregunta de Sourza—. Tengo entendido que se marchó a París. Ya sabe usted, mucha gente hizo lo mismo en esos días; vivimos unos días de verdadero pánico cuando aquello de los aerolitos.

—¿No sabe usted las nuevas señas?

El conserje titubeó unos instantes. Finalmente se volvió hacia el archivador y sacó de él una tarjeta.

—Me la dejó para que le remitiéramos allí la correspondencia que se recibiera.

Sourza le entregó un billete de cinco dólares y se guardó la tarjeta.

—Absoluta discreción—le dijo jovialmente—. No ponga esa cara, George; no es ningún drama que se haya marchado a París.

Almorzó en un restaurante de la calle 51. Entre sorbo y sorbo de cerveza meditó sobre su extraordinario caso. En su memoria todo estaba perfectamente claro hasta que el laboratorio de Tharsis estalló y los dos «robots» se precipitaron contra él. Lo acontecido a partir de entonces ya no lo estaba tanto. La partida en la astronave, la búsqueda del corrector de trayectorias en las flamígeras entrañas de Niss, el mensaje que dirigió a Nyra y su retorno a la Tierra parecían corresponder más bien a un sueño, a una confusa visión irreal.

Era tan absurdo e increíble todo, que Sourza llegó a preguntarse si realmente lo habría vivido. Tal vez el doctor Walcott estuviera en lo cierto. ¿No podría ser que el Stratotanker se hubiera estrellado en las selvas de Amazonia y que un delirio mental, ocasionado por el golpe, el hambre y la sed, fuera el origen de la fantástica aventura? ¿Qué pruebas poseía de haber salido verdaderamente de la atmósfera terrestre? Una de ellas, la única, podía ser el impulsor antigravitatorio. Pero ¿qué hizo de él, si es que lo llegó a tener?

Estaba también lo de Patricia. Ella se había marchado a París, pero el conserje no le dijo si acompañada por Clusell Haspman. De poder ser comprobada, ésta sería una buena prueba, o al menos un indicio digno de ser tenido en cuenta.

Valía la pena indagarlo.

* * *

Cinco días más tarde, Guy Sourza detuvo su coche de alquiler frente al garaje del Hotel Mediodía, en París.

Habitación 701 — le informó e! empleado de la oficina de recepción.

Sourza le dio las gracias y se metió en el ascensor. Sentíase nervioso e impaciente. La sospecha de que Patricia se hubiese casado con Clusell Haspman habíase desvanecido un tanto, pues en el registro del Hotel ella figuraba con su nombre de soltera. Lo cual significaba que solamente el desarreglo de su cerebro era el causante de todo.

Al cabo de unos segundos de haber hecho sonar el timbre, Sourza percibió un taconeo inconfundible detrás de la puerta. Patricia abrió y dio un grito de estupor. Sus morenas facciones se crisparon en un violento gesto en el que se confundieron el miedo y la angustia.

Sonriendo, Sourza empujó suavemente la puerta y entró en el saloncito anterior al dormitorio.

—Los viejos amigos vuelven a encontrarse —dijo—. Un día feliz para los dos, ¿no es cierto?

Patricia cerró los ojos y por un momento dio la sensación de que se iba a desmayar. Recuperándose con gran esfuerzo avanzó hacia el centro de la pequeña estancia. Forzó una sonrisa de bienvenida.

—No... no te esperaba, Guy — declaró con voz temblorosa—. Creí que habías... Todos los periódicos dijeron que tuviste un accidente. No sabes cuánto me alegro...

Sourza se sentó y encendió un cigarrillo.

—Todos los periódicos han dicho que me salvé—contestó displicente—. Esperaba que vinieses a verme al hospital. Esperé

durante casi dos semanas.

Patricia se estremeció. Al sentarse alisó nerviosamente los pliegues de su falda. Luego entrelazó las manos sobre el regazo.

—Lo siento, Guy; si hubiese sabido que existía una sola probabilidad de que sobrevivieses, las cosas habrían ocurrido de distinto modo. ¡Es horrible para mí explicártelo!... Haz un esfuerzo para comprenderlo; estaba sola y abandonada...

—Y te marchaste con Clusell—completó Sourza como si tal idea le divirtiera.

Patricia enrojeció violentamente. Su mirada no se atrevió a sostener la de Sourza.

—Nos íbamos a casar esta semana—replicó con voz casi inaudible —. ¿Qué puedo hacer, Guy?

Sourza dejó escapar lentamente una gran bocanada de humo. Luego sus labios volvieron a sonreír sin el menor rencor.

—Procurar ser muy feliz en tu matrimonio y acordarte lo menos posible de mí—contestó poniéndose en pie.

—No me perdonas, ¿verdad? Debo parecerte una mujer despreciable...

—Te doy mi palabra de honor de que no te guardaré enemistad. Si he venido a verte es por salir de ciertas dudas con respecto a una parte de mi pasado. Pero te estoy hablando de una cosa que no puedes comprender. En fin, Patricia, acepta mi enhorabuena y no te preocupes más por mí.

Ella se interpuso en su camino al objeto do impedirle que saliera do la habitación. En sus negras pupilas brillaba la inequívoca luz del temor.

—Espera un momento—dijo con voz suplicante—; te tengo miedo, Guy. Es engañoso lo que me dices... Clusell no tiene ninguna culpa de lo sucedido. No vayas a buscarle.

Sourza rió de la mejor gana.

—A lo que veo hubieses preferido que organizara una escena—dijo —. Lamento defraudarte, Patricia. Jamás me he sentido tan pacífico como ahora. ¿Permites que me vaya?

Con los ojos muy abiertos y la respiración en suspenso, Patricia se apartó para dejarlo salir.

Nuevamente quedó decepcionada al esperar que Sourza cerrara la puerta con estrépito. Se encogió de hombros sin comprenderlo.

CAPITULO III

S

e abrieron las puertas del hangar y un gigantesco Bell-Craift KC-8 salió lentamente a la pista remolcado por dos tractores.

La mañana era espléndida, sin una sola nube que enturbiara el pálido azul del cielo. Un grupo de técnicos y reporteros gráficos se apartó presurosamente para que el flamante avión pudiera ocupar el lugar de despegue.

Procedente de la caseta de pilotos, Guy Sourza se acercó equipado con su traje de vuelo. Un débil rastro de humo salía de su mano izquierda.

El doctor Walcott salió a su encuentro.

—Es usted incorregible, Sourza—le amonestó sin demasiada severidad—. Un piloto no debe fumar nunca antes de someterse a un vuelo de pruebas. Se lo dije la última vez.

Tranquilamente, Sourza se llevó el cigarrillo a los labios.

—La última vez franqueé la barrera térmica—contestó de buen humor—. Nadie lo ha hecho desde entonces.

—En esta ocasión procure regresar del mismo modo que se marcha. Si no, va a arruinar al Gobierno con los gastos de recuperación.

Una sonrisa enigmática afloró al rostro del joven piloto.

—Esta vez no habrán gastos—aseguró.

Una nube de fotógrafos lo rodeó. Durante cinco minutos se vio obligado a posar de mil formas distintas y a contestar a las preguntas más variadas.

Al sonido de una sirena, el personal de la pista se dispersó, quedando nada más el encargado de revisar los motores.

Sourza se instaló en la carlinga. Un rugido atronador se extendió a todos los ámbitos del centro de pruebas de Elko, en Nevada.

Con un rápido vistazo comprobó el perfecto funcionamiento de los instrumentos adosados al enorme salpicadero. Dedicó especial atención al tanque de combustible supletorio que ordenara instalar. Todo estaba en orden.

El Bell-Craift KC-8 rodó velozmente sobre la pista e inició un suave ascenso; después se enderezó casi verticalmente y se perdió de vista en las alturas.

—Sin novedad—comunicó a la base—. Ocho mil trescientos metros de altitud.

Estaba tranquilo. El avión respondía adecuadamente y sus nervios mejor aún. Su misión era idéntica a la que le encomendaran seis meses atrás: rebasar la barrera térmica. Sólo que ahora había recibido unas instrucciones mucho más concretas y terminantes. Nada de diabluras ni experimentos por cuenta propia. Cada uno de sus movimientos debería responder a las órdenes transmitidas desde la base.

Pero Guy Sourza estaba muy lejos de cumplirlas. Aquel sería su último, su definitivo vuelo de pruebas. Si estaba loco, lo mejor sería acabar de una vez; si su memoria no le era infiel, si cada uno de los acontecimientos pasados correspondía a la realidad, su intento le llevaría a la felicidad añorada.

Parecíale estar viendo delante de él, presidiendo el espacio que se ofrecía a sus ojos, la imagen adorada de una mujer maravillosa. Iba a acudir a su encuentro o a morir intentándolo.

—¿Altura?—le pidieron desde abajo.

—Veinte mil metros — contestó maquinalmente.

—Ponga rumbo noroeste y llegue hasta los veintitrés mil—habló la voz de Thomson, el teniente operador de la base.

Sourza sonrió. El rumbo noroeste era precisamente el contrario al que le convenía para lograr su objetivo.

No hizo caso y siguió ascendiendo.

—¡Escuche, Sourza! No volvamos a las andadas—gritó Thomson—. Rectifique la dirección del vuelo.

—No se moleste en seguir dándome instrucciones, teniente—contestó Sourza—. Voy a cortar la conexión ahora mismo. Dígale al doctor Walcott que no me busque esta vez por las selvas de Amazonia. Mi destino está muchísimo más lejos, detrás del Universo. Quizá dentro de tres o cuatro mil años me decida a regresar a la Tierra; por lo tanto, ¡hasta entonces, amigos!

Sin esperar a oír la contestación. Sourza se despojó de los auriculares y extendió las piernas cómodamente. Volaba ahora a 35.000 metros.

Ochenta, noventa, cien, ciento diez mil metros... Un dulce letargo comenzó a apoderarse de Sourza. Tras conectar el piloto automático para conservar la dirección se abandonó al sueño.

* * *

El espectáculo era el mismo que seis meses atrás. El avión flotaba en un cielo rosado, tan diáfano que no parecía real; y allá a lo lejos, dieciocho puntitos negros formaban una cadena circular del diámetro de una naranja.

Sourza se desperezó. Una sensación de ahogo le hizo toser dificultosamente. Después de quitarse la mascarilla climática abrió la llave que dejaba paso a la corriente exterior de aire sintiéndose inmediatamente aliviado.

Siempre tranquilo y confiado sacó de su bolsillo un par de raciones de emergencia. Antes de empezar a comer se miró en uno de los espejillos del cuadro de mandos. Lástima no poder afeitarme antes de llegar, se dijo humorísticamente.

Una vez saciado el apetito y la sed, manipuló la manecilla correspondiente a la provisión supletoria de combustible. Las agujas de todos los instrumentos comenzaron a funcionar. Entonces corrigió la dirección del vuelo en un sentido previamente calculado. Sabía que la cantidad de combustible era insuficiente para avanzar siquiera la centésima parte del trayecto, pero al menos le serviría para colocarse en la ruta deseada. Nuevamente conectó el piloto automático y se echó a dormir. Exactamente igual que hiciera medio año antes. No albergaba ningún temor de estrellarse contra el planeta Neyers porque sabía que cuando el avión penetrase en la zona de gravedad, él sería desplazado del asiento y esto le despertaría.

Así ocurrió. Su corazón latió con desmesurado ímpetu al distinguir debajo de él aquellos paisajes dorados y aquellas aguas rojas que tan bien conocía. ¡El milagro se había producido por segunda vez!

Preso de una ansiedad incontenible aguardó cinco minutos para saltar del avión. Cuando lo hizo, y su paracaídas se desplegó sobre su cabeza, le pareció que volvía a nacer.

Los tres soles del cinturón alumbraron su lento y suave descenso sobre la negra selva de Neyers.

CAPITULO IV

U

n grupo de «niyitas» llego apresuradamente hasta el trono de la reina Nyra y se postró a sus pies. El que parecía ser jefe de ellos se incorporó y le habló con aquella extraña jerga mezcla de trinos y parloteos.

—Otro hombre de la Tierra ha llegado a Neyers—informó—. Lo han encontrado cerca de las montañas de Nhaurite.

Nyra acusó la sorpresa irguiéndose bruscamente.

—¿Dónde está? — inquirió—. ¿Lo habéis traído?

—Se halla en la antecámara esperando que lo recibas. Se parece mucho al otro y no da muestras de estar asustado ni sorprendido.

—¡Hacedle pasar!—ordenó visiblemente excitada.

Los «niyitas» hicieron otra reverencia y dieron media vuelta. Al cabo de unos instantes regresaban escoltando a Guy Sourza.

El aviador subió sonriente la regia escalinata. A pesar de la barba y las huellas de desfallecimiento, su rostro revelaba una alegría incontenible.

—¡Guy Sourza!—exclamó Nyra en inglés—. ¿Eres tú, Guy? ¿No me engañan los sentidos? ¡Dime que no estoy soñando!

Guy llegó al trono y su misma emoción le impidió hablar. Sólo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Se fundieron en un estrecho abrazo. El beso se prolongó hasta que las respiraciones se hicieron jadeantes.

—¡Guy Sourza!—repitió Nyra como en un sueño—. Lo estoy viendo y no lo puedo creer... ¡Amor mío, cuánto he sufrido por ti!

—¿Recibiste mi mensaje?—preguntó Sourza mirándola apasionadamente.

—Sí—contestó ella—. Desde que saliste de Neyers en la astronave te tuve en constante observación. Contemplé tu lucha con Tharsis y la destrucción del laboratorio. Luego te seguí hasta que llegaste al satélite Niss. Después ya no supe nada más de ti. Imaginé que moriste abrasado...

—Pero cumplí mi misión—interrumpió Sourza sonriéndole—. ¿Dónde está ahora Niss?

—Al cambiar tú la trayectoria pasó a otro universo escapando a nuestros medios de observación.

—¿Cómo fue que hallastes el proyectil que contenía el mensaje?

—Lo encontraron muy lejos, en las Regiones del Hielo. Al principio no le dieron demasiada importancia al hallazgo, pero un técnico en balística dictaminó que había salido de uno de los cañones de la astronave que tripulabas.

—Es curioso que no reconocieras la astronave cuando pasé por encima de Neyers para dirigirme a la Tierra.

—Centenares de naves iguales o parecidas surcan los cielos, todos los días y a todas las horas. Pero, ahora que pienso, ¿por qué no viniste otra vez aquí? Añorabas tu patria, ¿verdad?

Sourza tardó unos instantes en contestar. Sus reflexiones le llevaron a lo que tanto le preocupara durante su convalecencia en el Hospital Contry.

—Me ocurrió algo muy raro—dijo rompiendo la pausa—. Debí salir como atontado del satélite Niss; supongo que sufrí una especie de amnesia o algo por el estilo. Mi mente se negaba a aceptar que estaba vivo todavía; tenía las mismas sensaciones que cuando uno se emborracha y cree que los sentidos se le van a escapar. Yo me veía y me tocaba, pero la ausencia de sufrimientos físicos me hacía pensar que era un espíritu. Creo que no lo comprenderé nunca.

Nyra hizo una seña para que sus súbditos los dejaran solos. Luego se sentó en el trono e indicó a Sourza que se acomodara a su lado.

—Yo sé lo que te ocurrió—dijo con acento pensativo—. La explosión del laboratorio de Tharsis te aturdió hasta el punto de que después obraste automáticamente, obedeciendo unas instrucciones grabadas en tu mente por medio del microalma. Posiblemente te recuperarías a bordo de la astronave o quizá cuando te hallabas en Niss. Pero lo que te convenció de que estabas muerto era la imposibilidad real de sobrevivir en un medio ambiente cuya temperatura es superior a los tres mil grados. En realidad, es inconcebible que pudieras soportar esa enorme energía calorífera. Niss es una bola de fuego, una especie de sol en miniatura.

—Debe de ser eso—replicó Sourza—. Si a un hombre le disparan una ráfaga de ametralladora a bocajarro, acribillándole el corazón y los pulmones, y si después de esto no siente ningún dolor ni molestias, lo lógico es que suponga que ha pasado de una vida a la otra.

Nyra enarcó sus doradas cejas.

—No te afecta a ti ninguna clase de fuego —observó reflexivamente—. ¿Te acuerdas de cuando el agente de Tharsis incendió el pabellón en que dormías?

Sourza asintió.

—No afecta a mis vestiduras—dijo—; son, como si dijéramos,

impermeables al fuego. Un día de estos haremos la prueba.

—Mejor todavía, analizaremos los tejidos. Seguramente ésa es la explicación.

Nyra apartó mentalmente el tema de la conversación y contempló admirativamente a Sourza.

—¿Te gustaría ser rey de Thais?—le preguntó inesperadamente.

Sourza meneó negativamente la cabeza.

—Rehúso todos los honores., excepto uno. Quiero ser solamente el esposo de la reina de Neyers.

—Tu modestia es ejemplar; sin embargo, es una lástima que no aceptes reinar en Thais. El trono estará vacante durante Dios sabe cuántos decenios... y tú podrías ocuparlo aunque te casaras conmigo. Sería maravilloso gobernar conjuntamente a todos los planetas del Cinturón: nuestros hijos tendrían asegurados sus respectivos tronos...

—¡Dieciséis hijos! — exclamó cómicamente Sourza—. ¡Tú no sabes lo que dices, Nyra!

Nyra abrió mucho los ojos para mirar a Sourza.

—Dieciséis hijos a lo largo de una vida de cinco o seis mil años no es una exageración —objetó muy seria—. ¿Te lo parece a ti?

El aviador se echó a reír. Su fatiga física había desaparecido.

—Creo que nunca me acostumbraré a la idea de vivir tanto tiempo. Pero es bonito pensarlo; cinco o seis mil años de existencia en este paraíso constituyen la base de la felicidad más completa. ¿No nos aburriremos nunca?

—Tenemos todo un universo para explorar en los períodos de ocio. De vez en cuando iremos también a la Tierra. Y, a propósito, Guy, ¿elegiste ya un nuevo lugar para casarnos?

Sourza no disimuló la sorpresa que le causó la pregunta de la reina de Neyers.

—¿Un nuevo lugar? ¿Quieres... quieres decir que nos casaremos en la Tierra?

—¿Pues dónde si no? La religión que me enseñaste disponía que...

—No continúes—atajó Sourza—. Tienes mucha razón. No se cómo se me ha pasado por alto un detalle tan importante. ¿Te gustaría en Roma?

Nyra se encogió de hombros con un gesto de ignorancia.

—Nunca estuve allí—replicó—. Cuando tú lo has elegido será sin duda un lugar romántico.

—El más romántico del mundo para celebrar una luna de miel— concluyó Sourza.

*   *   *

—¿Cuánto dinero te queda?—preguntó Nyra cortando con dificultad la carne de su plato.

—Veinticinco mil liras—contestó Sourza—. Sólo podremos estar un día más en Roma,

El la observaba sonriente. Cada uno de sus modales, de sus esfuerzos para manejar el cuchillo y el tenedor, utensilios básicamente diferentes a los «niyitas», estaba revestido de una gracia chocante que no pasaba desapercibida a los comensales más próximos.

Pasó por entre las mesas un chiquillo voceando la última edición de los periódicos. Sourza compró un ejemplar del «Día Palermo». No tenía un conocimiento completo del italiano, pero sí el suficiente para comprender el significado de las frases más en uso.

Una sombra de temor se reflejó en su rostro al leer el encabezamiento de una de las noticias. Nyra dejó de comer al notar su expresión.

—¿Ocurre algo ?—preguntó.

—Un grupo de campesinos asegura haber visto un platillo volante en las cercanías de Vitarbo. Dicen que volaba a poca altura y que debió estrellarse en el valle de Cannsinela. El testimonio ha sido tomado en cuenta por las autoridades y éstas van a iniciar una investigación.

Nyra se puso en pie incapaz de contener su agitación.

—¡Vámonos! Antes de que sea demasiado tarde. Será horrible si llegan a descubrirla.

—Cálmate—recomendó Sourza sonriendo—. Nadie descubrirá la astronave. El lugar donde se halla es poco menos que inaccesible, incluso para los alpinistas. Nosotros mismos no podríamos regresar a ella si no fuera por los impulsadores antigravitatorios.

Nyra volvió a sentarse. Su expresión, sin embargo, no denotaba un convencimiento absoluto.

Sourza le señaló otro encabezamiento del periódico.

—«Ultimas noticias sobre la desaparición del piloto norteamericano Guy Sourza»—leyó con acento irónico—. Escucha esto que tiene mucha gracia: «Un ulterior informe de las fuerzas estadounidenses revela que el célebre piloto de pruebas Guy Sourza había sufrido recientemente una extraña enfermedad mental caracterizada por la deformación de los recuerdos y las ideas. El doctor Walcott, de las fuerzas aéreas, lamenta profundamente haber estado equivocado con respecto a su total curación. Sourza no debió haber vuelto a volar jamás, es la opinión del eminente médico. Otros

informes aseguran que el doble accidente del mencionado aviador ha sido motivado por la incapacidad humana para sobrepasar la barrera térmica. Ningún otro experimento de la misma índole tendrá lugar hasta que se averigüen las verdaderas causas.»

Sourza dejó de leer para mirar a Nyra.

—¿Qué te parece?—interrogó—. Según esto están bastante lejos de imaginar la verdad.

Nyra cruzó el tenedor y el cuchillo sobre el plato. Su semblante denotaba ansiedad.

—No estoy tranquila aquí, querido—dijo—. Me da la sensación de que la gente nos mira de un modo raro, de que adivina quiénes somos, de que van a descubrirnos. Y luego, esta ropa que me compraste, este bullicio; creo que no me podría acostumbrar nunca... ¿Volvemos ya a Neyers, Guy?

El acento suplicante de la joven conmovió a Sourza. Por otra parte, él se sentía contagiado del mismo malestar. Ansiaba hallarse nuevamente en aquel mundo que había detrás del Universo, en aquella maravillosa isla del infinito donde no existían las enfermedades del alma y del cuerpo, en aquel paradisíaco remanso de paz llamado Neyers.

De un trago apuró su vaso de «Corighia» y se puso en pie.

—Vámonos para siempre—decidió, apartándole la silla para que ella se levantara—. Los campesinos de Vitarbo volverán a ver esta noche la misteriosa astronave.

Nyra se le cogió del brazo y juntos salieron del restaurante. Luego, en plena Vía Apia, entre el tumultuoso ir y venir de las gentes, con el fondo estridente de los claxons de los automóviles, ambos jóvenes se besaron.

Las estrellas parpadearon asombradas porque jamás habían contemplado tan extraordinario espectáculo: ¡Dos seres de distintos universos besándose en la Vía Apia!

FIN

INDICE

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

¿Qué extraño fenómeno acontecía sobre los mares de la Tierra? ¿Sería aquéllo el comienzo del fin?

KARIMA

entre todos los seres de nuestro planeta era la única que podía explicarlo, pero...
¿Quién era

KARIMA

de dónde había venido?
Dos misterios de apasionante interés que el

PROFESOR HASLEY

plantea y desarrolla con admirable maestría.

KARIMA

tenía una misión concreta que cumplir, pero algo debía suceder que la apartaría del camino que se había trazado.
Un relato emocionante y misterioso salido de la pluma del

PROFESOR HASLEY

que apasionará a nuestros lectores.
En el próximo número de la interesante

COLECCION

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.